

Ficciones neoapocalípticas panlatinas



Nota introductoria y traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez (salvo indicación contraria), por la introducción y la traducción, 2019

La ficción puede estar ambientada en el pasado, el presente o el futuro. Las dos primeras posibilidades tienen una larguísima tradición, que sin duda remonta a los albores de la humanidad. Las narraciones míticas o históricas se han venido transmitiendo oralmente o por escrito desde tiempos inmemoriales, manteniendo así el recuerdo de un pasado que supera con mucho la memoria del individuo. En cuanto a la ficción del presente, es probable que las anécdotas y el cotilleo sobre el prójimo en el aquí y ahora tengan una antigüedad también venerable y muy anterior al triunfo del «universal reportaje», según denunciaba Stéphane Mallarmé, en la prensa y en la literatura de costumbres llamada *realista*, aún hoy hegemónica entre quienes dictan el canon. Por su parte, imaginar un mundo futuro completo y coherente se alimenta de la necesidad de especular sobre lo que la vida nos reserva como individuos y miembros de una comunidad, pero estas conjeturas no se convirtieron en narraciones de anticipación hasta un momento relativamente tardío en la historia humana, cuando las viejas profecías sumaron a su carácter líricamente visionario un proceso de creación de mundos inventados que las enmarcan y les confieren una coherencia histórica por adelantado, haciéndolas hasta cierto punto más verosímiles para quienes las escuchasen o leyesen dándoles crédito.

El tardío nacimiento de la anticipación fic-

cional puede situarse en el Próximo Oriente a raíz de la progresiva helenización que fue consecuencia de la conquista de viejos Estados por las huestes de Alejandro Magno y su mantenimiento en manos de sus generales macedonios y sus descendientes, antes de pasar a formar parte de los imperios romano y parto. La helenización/romanización cultural se encontró con la resistencia más o menos activa del clero local y de otras capas sociales conservadoras de los pueblos sometidos. De estas resistencias locales y étnicas, la más famosa es quizá la de los hebreos, al figurar las hazañas de los reyes Macabeos en la Biblia, al igual que otros apocalipsis proféticos más tempranos, que pueden entenderse principalmente como transferencias al porvenir de los deseos de revancha de los escribas: habían caído imperios anteriores, y también caerían los imperios de la época, a los que seguirían el triunfo del pueblo supuestamente oprimido gracias a la salvífica y definitiva intervención de su Dios en la historia futura del mundo. Tal intervención y sus resultados se describen y narran como un conjunto internamente estructurado, en vez de solo anunciarse, de manera que la profecía se torna ficción.

Este nuevo género de escritura alcanzaría su apogeo en las primeras décadas de expansión del cristianismo, al principio una secta judía, luego independizada mediante su apertura a los gentiles. Teniendo en cuenta su origen religioso, no extrañará que su proseli-



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

tismo por escrito adoptara algunas de las formas populares en medios judíos, entre ellos el profetismo apocalíptico, aunque fuera con las diferencias derivadas del nuevo concepto de religión introducido por el cristianismo respecto a su matriz judía. Mientras que los apocalipsis hebreos y arameos obedecen al concepto pagano de un dios nacional, el Dios universal del cristianismo tiene una naturaleza más abstracta y filosófica que se iría acentuando con los años, de modo que a la mitología hebrea cabe contraponer la teología cristiana también en materia apocalíptica. El libro que consagró esta materia en la cultura occidental, gracias sobre todo a su inclusión en el Nuevo Testamento cristiano es el *Apocalipsis* atribuido a Juan de Patmos, cuya gráfica historia de las postrimerías de la humanidad supone el mito teológico más completo, original y fértil del cristianismo y, de hecho, personajes y episodios como el Anticristo, los cuatro jinetes, la bestia, la segunda venida de Jesús, la resurrección de los muertos y el Juicio final han sido retomados a menudo en las literaturas europeas, ganando así para la ficción un nuevo ámbito, el del porvenir como un tiempo en el que podían suceder cosas que la fe enseñaba como reales. El futuro adquiriría así un grado de detalle histórico antes reservado al pasado y al presente.

Mientras la fe siguió determinando el tenor de la anticipación entre los cristianos, las historias del fin del mundo se atuvieron en lo esencial a la historia vista y contada por Juan de Patmos. Durante la Edad Media europea abundan las obras dedicadas a mostrar literariamente sobre todo las maldades del Anticristo y la liberación supuesta por el Juicio Final. El Humanismo renacentista fue más bien reactivo a la vehemencia apocalíptica, tal vez considerada corta de equilibrio y de consideración humana, de manera que son escasos los textos que trataron el tema de modo digno (por ejemplo, las «Octavas sobre el juicio final», del poeta renacentista Francisco de Aldana). Curiosamente, fue tras la Revolu-

ción Francesa y la caída, para algunos apocalíptica, del Antiguo Régimen, cuando la historia prospectiva apocalíptica cristiana encontró nueva vida en la literatura, aunque de un modo bastante distinto al de siglos anteriores. En retroceso el dogmatismo eclesial y sus defensores armados, los escritores se sintieron libres de tratar la materia apocalíptica y modificarla según sus intereses, generando historias originales o alterando profundamente las heredadas. Incluso procedieron a su secularización al pasar a entenderse por apocalíptico todo lo que estuviera ligado a la anticipación del fin de la Tierra o de otros mundos, incluso por causas no sobrenaturales. De conservarse el tema cristiano como fuente de inspiración, no necesariamente se seguía íntegramente la materia del *Apocalipsis* bíblico. Por eso cabe distinguir todas estas ficciones sobre el fin del mundo de las reescrituras anteriores fieles a la doctrina cristiana y denominarlas «neoapocalípticas». Estas se pueden dividir en varias categorías según su contenido y tratamiento.

Ficciones teológicas

El principal pionero de la ficción que retoma y renueva la materia apocalíptica cristiana es Jean-Baptiste Cousin de Grainville (1846-1805), cuya epopeya en prosa *Le dernier homme* [El último hombre] (1805), narra la rivalidad por ganarse la voluntad de Omégar, el último hombre, entre Adán, que aspira a la redención mediante la desaparición de la Tierra, y el Espíritu de esta, que desea preservarla para preservarse a sí mismo mediante la generación de una nueva humanidad por la última pareja fértil. El rechazo a procrear por parte de Omégar, el último hombre, marca el inicio del fin del mundo según la anticipación juanina, conclusión que no se describe. En la obra figuran también numerosas anticipaciones de orden tecnológico y social que han hecho que los historiadores de la ciencia ficción

Ficciones neoapocalípticas panlatinas

la consideren una de las primeras narraciones de esta modalidad, aunque no hay que olvidar que su carácter es primariamente teológico o, si acaso, alegórico.

Conocieran o no esta obra, otros autores siguieron sus pasos al proponer versiones de del *Apocalipsis* dotadas de un carácter sobre todo literario y a menudo aconfesionales, en verso y en prosa. En todas ellas, los escritores se inspiraban en aquel libro canónico para proponer visiones del fin del mundo de carácter teológico, con Dios, ángeles, demonios, etc. Esta recreación literaria moderna de la materia escatológica neotestamentaria vivió un breve apogeo en la década de 1850, cuando vieron la luz breves poemas narrativos en los que la prospectiva apocalíptica se expresaba a través de variadas sensibilidades románticas, pudiéndose mencionar como ejemplos panlatinos¹ representativos «El día final» (*Poesías*, 1850), de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), o «La trompette du jugement» [*La trompeta del juicio*] (*La légende des siècles* [*La leyenda de los siglos*], 1859), de Victor Hugo (1802-1885). Entre ellos destaca por su original planteamiento uno de Antônio Gonçalves Dias (1823-1864), el principal vate brasileño del período, titulado «*Dies irae*»

(publicado en la sección de *Novos cantos* [Nuevos cantos] de la edición de 1857 de sus *Cantos* o poesías)², o día de la ira en el que, tras sonar las trompetas del juicio, el mundo quedará reducido a cenizas. El autor dedica las primeras estrofas a los comportamientos que provocan la catástrofe escatológica. Mientras que la Naturaleza sigue inalterada su curso, los seres humanos han abandonado el cuidado de sus almas. La religión ha desaparecido no por la intervención directa de ningún Anticristo, sino por el indiferentismo que la Iglesia católica no cesaba de condenar a la vista de la creciente secularización animada por el liberalismo ya en el período romántico. El abandono de la fe se simboliza en el poema mediante una bella descripción de un templo en ruinas y convertido en reino de las aves. Esta indiferencia en materia religiosa parece molestar sobremanera al Altísimo. Harto de no recibir las plegarias debidas, Dios simplemente retira su sostén al mundo y este se derrumba en el día de su ira despechada. Las imágenes del fin se inspiran sobre todo en desastres naturales, destacando las marinas, como el barco que se hunde. Esto, a su vez, prepara el final sorprendente. En vez de venir Dios a juzgar a los hombres³, de la Tierra solo queda una especie de abismo negro en el que solo impera la muerte, apenas iluminado por un rayo divino que no hace sino confirmar que el fin del mundo es, en efecto, definitivo. La historia apocalíptica canónica queda así anulada: ni Anticristo ni Juicio

¹ La «panlatinidad» engloba el conjunto de los hablantes de lenguas románicas y de los territorios europeos y ultramarinos donde son mayoritarios. En el período en torno a 1900, constituyó un concepto cultural consciente por el que se oponían los «latinos» a otros grupos lingüísticos «bárbaros» (sobre todo germánicos). Gracias a la primacía cultural de París y la categoría del franciano (dialecto de la región de Isla de Francia en que se basa la lengua llamada francesa de acuerdo con una inconveniente identificación entre lengua y nación política) como idioma internacional de las personas cultas en aquel período, el «panlatinismo» se manifestó mediante corrientes y fenómenos semejantes en las distintas literaturas románicas, que se inspiraron recíprocamente como nunca antes, normalmente desde Francia, pero también con otros interesantes movimientos transversales (por ejemplo, el *verismo* italiano o los renacimientos regionales occitano y catalán). El «panlatinismo» cultural tuvo fin con la «cocacolonización», cuando la cultura *pop* anglófona se impuso tras la Segunda Guerra Mundial como única influencia global en la mayor parte de la Romania.

² La traducción se basa en el texto siguiente: Gonçalves Dias, «*Dies irae*», *Cantos*, introdução, organização e fixação do texto de Cilaine Alves Cunha, São Paulo, Martins Fontes, 2001, pp. 256-259.

³ Para que la ignorancia lingüística no suscite suspicacias desplazadas, «hombre», con sus palabras derivadas, designa aquí (y en las traducciones) al ser humano de cualquier sexo y género, de acuerdo con su étimo latino, ampliando su sentido de forma que abarque a los seres homólogos de otros planetas dotados de inteligencia que aparecen en algunos de los textos traducidos más adelante. Para especificar que se trata de un hombre de sexo o género masculino, se utilizará la palabra «varón».



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

Final. La muerte impone su entropía, de manera que el poema de Gonçalves Dias anuncia los fines del mundo laicos que la ciencia inspiraría años después.

También pinta el triunfo de la muerte el soneto de arte menor «È morta la vita» [Muerta está la vida] (*Medusa*, 1890)⁴, de Arturo Graf (1848-1913), que describe mediante pinceladas sintéticas, adelantándose así en décadas a la escritura novecentista, la esterilidad final de la Tierra muerta, convertida en un oscuro cementerio. Ni siquiera los ángeles que llaman al Juicio Final y la resurrección de los muertos son capaces de conferir nueva vida a los hombres. Se refuta el apocalipsis religioso no por el desvío divino, sino por la patente impotencia de Dios. Ni este ni nadie puede salvar el mundo y la humanidad de perecer para siempre.

Esta constatación trágica hecha por Graf se matiza mediante la intervención de la responsabilidad humana en la obra apocalíptica de un oscuro escritor belga que firmó poco después con el seudónimo de Jehan Maillart⁵ una colección de *Contes chimériques* [Cuentos quiméricos] (1895) típicos de la corriente simbolista, tan potente en su país. Este libro casi desconocido reúne algunos de los cuentos más representativos y mejor escritos de la fantasía simbólica finisecular en Europa, y solo los azares de la recepción literaria, o más bien falta de ella, explican su olvido casi total. El relato final de aquel volumen, titulado «Crépuscule» [Crepúsculo]⁶ es asimismo sim-

bólico y simbolista a la vez, pero se diferencia de los demás por su ambientación en el futuro, en vez de en de los períodos legendarios y atemporales en que se ambientan sus demás narraciones. Además, no se trata de un cuento *stricto sensu*, sino más bien de una miniepopéya en prosa, con un lenguaje voluntariamente poético, tal como indica el alto número de epítetos y el ritmo de la frase, que se aleja en lo posible del curso común de la narrativa convencional. Leerlo como un cuento impediría apreciar su peculiar escritura como se merece.

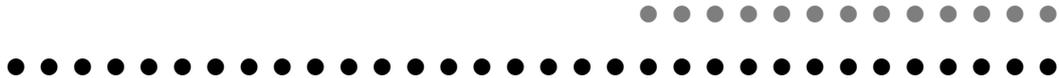
También se aleja de la narrativa convencional al evitar individualizar a los personajes, en verdad inexistentes como tales en esta historia del fin del mundo protagonizada por grupos humanos y, como máximo, entes eminentemente simbólicos como el Niño-Dios. Este personaje indica que «Crépuscule» retoma el mito de la Segunda Venida de Cristo de una forma original. En vez del regreso en gloria y majestad, este Jesús simplemente se reencarna otra vez en una Tierra futura en la que el Positivismo científico ha triunfado por completo, desterrando todo tipo de espiritualidad, desde la fe religiosa hasta el amor, ahora reducido a una realidad meramente fisiológica. En este contexto, los sabios científicos que gobiernan esta tecnocracia futura se ven impotentes para satisfacer las necesidades no materiales de la población, al tiempo que la pérdida de las creencias no positivas se refleja, simbólica y realmente, en las estrellas que se van apagando inexplicablemente desde un punto de vista materialista. El segundo advenimiento de Dios en forma de niño detiene el proceso, al servir el extraño infante de catalizador de las potencias espirituales de los hombres, hasta que los sabios recuperan el poder y sacrifican, otra vez, al Dios encar-

⁴ La traducción se basa en el texto siguiente: Arturo Graf, *Medusa*, a cura di Anna Dolfi, Modena, Mucchi, 1990, p. 189.

⁵ Unos años después utilizaría ese mismo seudónimo, adoptado de un escritor medieval, el activista Jules Noël en sus colaboraciones de prensa y sus libros a favor del socialismo racional y el ateísmo publicados en Bélgica en la primera década del siglo XX. Es posible que se trate de la misma persona, que habría sufrido una evolución personal y política paralela a la del francés Bernard Lazare (1865-1903), que pasó de maestro del cuento simbolista a defensor de la causa proletaria. En cualquier caso, se desconocen sus fechas de nacimiento y muerte.

⁶ La traducción se basa en la primera y única edición:

Jehan Maillart, «Crépuscule», *Contes chimériques*, Bruxelles, Paul Lacomblez, 1895, pp. 81-98. Dada la rareza de este volumen, que tampoco se ha publicado en línea, se reproduce en apéndice el texto original.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

nado. Esta muerte señala la del mundo, quedando tan solo el espíritu de la negatividad sobre un abismo tan completo y definitivo como el imaginado por Gonçalves Dias.

Pese a su insistente mensaje antipositivista, «Crépuscule» no puede sino constatar la inviabilidad moderna del apocalipsis teológico y de la misma divinidad, aunque el resultado sea la aniquilación radical de lo existente. El nihilismo finisecular es ahí extremo y acaba coincidiendo con un nihilismo similar inspirado más bien en los descubrimientos de los científicos positivistas atacados por Maillart, quienes inspiraron visiones alternativas y sublimes del tema apocalíptico del fin del mundo, ya plenamente secularizada y tendente al materialismo. Desde este punto de vista, «Crépuscule» es una anticipación doctrinalmente más progresiva que otras aparecidas también en esta época final del siglo XIX, cuando la impresión generalizada de decadencia de la cultura occidental debido al materialismo capitalista y el declive de la moralidad, sobre todo sexual, antes basada en la religión, hizo que varios autores creyeran que la supuesta degradación contemporánea era un signo del cumplimiento de la profecía apocalíptica juanina.

Especialmente el advenimiento y triunfo del Anticristo, en el que se podían personificar todo lo que los autores consideraban abominable desde el punto de vista humano y social, vivió una pequeña edad de oro literaria en aquellos años. Entonces se publicaron en Europa varias narraciones que han pervivido como clásicos de la ficción neoapocalíptica teológica, tales como la historia prospectiva *Breve relato sobre el Anticristo* (1899), del ruso Vladímir Serguéyevich Soloviov (1853-1900), o la novela *Lord of the World* [Señor del Mundo] (1907), del inglés Robert Hugh Benson (1871-1914). En ambas narraciones, el Anticristo alcanza fácilmente sus objetivos en una sociedad que ha perdido la fe y los valores tradicionales, a excepción de unos pocos elegidos. Su carácter confesional, sobre todo

en la novela inglesa, contrasta con la ironía de *L'Antéchrist* [El Anticristo] (1893), de Edmond Haraucourt (1856-1941), que se presenta como un evangelio alternativo, incluida la retórica paralelística bíblica, de un Anticristo que se presenta en cierto modo como émulo del Zarathustra de Nietzsche, aunque con mucho mayor cinismo, hasta su muerte tranquila como burgués modelo, sin más consecuencias, pues Dios había dejado de existir.

Además de estos tratamientos novedosos del asunto, también vio la luz en este periodo finisecular un poema narrativo, de estilo entre romántico y parnasiano, en que la historia del Anticristo se presenta de manera bastante fiel a su fuente bíblica. «L'Anticrist» [El Anticristo] fue uno de los poemas que el infatigable Anicet de Pagès de Puig (1843-1902) solía presentar a los Juegos Florales del renacimiento literario catalán en Barcelona, mereciendo un galardón en los de 1896, antes de recogerse póstumamente en el volumen de sus *Poesies* [Poesías] (1906)⁷. Pese a su falta de originalidad temática, Pagès de Puig produjo ahí una de sus obras mejor conseguidas gracias a la suma expresividad con que describe al Anticristo no como una persona, sino como una bestia simbólica a la que los hombres rinden tributos sexuales y sangrientos sin que el horror de la situación y el espanto del monstruo los detenga, lo que a su vez sugiere hasta qué punto la humanidad está degradada moralmente. Los vicios han envejecido el mundo (una vez más, el sentido de decadencia es claro), por lo que este está maduro para el proceso de destrucción previsto, que se describe también con el grafismo que caracteri-

⁷ La traducción sigue esta edición: Anicet de Pagès de Puig, «L'Anticrist», *Poesies*, Barcelona, Ilustració Catalana, 1907 (2.ª edición), pp. 223-226. Como el poema no se ha reeditado nunca, ni se encuentra aún en línea, el original catalán se reproduce en apéndice, con ortografía modernizada. Conste mi agradecimiento a Mireia Martínez Bou por haber revisado el texto catalán normalizado y su traducción.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

za la fantasía visionaria de este poema. Al final, solo queda la bestia, siempre hambrienta de víctimas humanas, y su muerte a manos de los ángeles significa el verdadero fin de lo terrenal. A continuación, Dios juzgará a los hombres, pero esa es una historia que no interesa al autor, centrado en el horror sanguinolento y caníbal, anticipadamente *gore*, del Anticristo. Este tratamiento, que anuncia las versiones *pop* de esta historia en el cine de terror posterior, parece perseguir una sublimidad fundada en lo monstruoso, que cabe contraponer a la basada en lo natural predominante en las anticipaciones del fin del mundo de carácter científico.

Ficciones científicas

Los descubrimientos de la Geología y la Astronomía, así como la teoría de la evolución, habían comenzado a enseñar en el siglo XIX que ni la Tierra ni el Universo eran entidades inmutables, cuya destrucción solo sería posible a manos divinas. Frente a una concepción estática del mundo y de los hombres, se empezaba a saber que los continentes cambiaban de lugar, que las plantas y los animales actuales habían sustituido a otros más antiguos, extinguidos o evolucionados hasta su estado presente, que las estrellas no eran fijas y que estaban sujetas también a alteraciones, que a todo esperaba en fin un destino inerte a consecuencia de la entropía, ley universal descubierta y estudiada a partir de la década de 1850. Una de las consecuencias que los científicos dedujeron de esta ley, así como de otras investigaciones cosmológicas, sería el agotamiento del combustible que mantiene encendido el Sol y su consiguiente enfriamiento, con lo que habría de desaparecer forzosamente toda vida en el sistema solar, incluida la Tierra. Era un futuro que se presentaba como algo en lo que se podía creer o no, sino como una realidad materialmente ineludible,

aunque fuera a distancia de milenios. Era el fin del mundo laico, basado en la ciencia, de modo que los textos en que diversos escritores, tras el estímulo supuesto por el magistral poema de Lord Byron (1788-1824) titulado «Darkness» [*Oscuridad*] (1816), especularon sobre la manera en que desaparecerían la humanidad terrestre o sus homólogas extraterrestres son ficciones científicas. Se trata de ficciones, porque no se presentan como hipótesis razonadas de lo que la ciencia podía predecir con fundamento, sino como visiones en que las enseñanzas de la ciencia sirven para generar mundos al fin y al cabo imaginarios, cuyos elementos son científicamente verosímiles, pero cuya expresión persigue fines estéticos, no divulgativos. Como indicio de ello, destaca en primer lugar que estos apocalipsis suelen estar en verso, con lo que se marca su literariedad y, por ende, su ficcionalidad. Así se diferencian, por ejemplo, el pasaje ensayístico de Anatole France (1844-1924) en *Le jardin d'Épicure* [*El jardín de Epicuro*] (1894/1921) en el que expone sus especulaciones sobre el fin del mundo entrópico y la degeneración cultural del género humano que la precedería, y el poema en verso «Futuro» (1899; *Ritos*, 1914), de Guillermo Valencia (1873-1943), que convierte ese pasaje, reconocido expresamente como su fuente por este autor colombiano, en un mundo imaginario cuya existencia ficcional se subraya mediante la profusión de detalles concretos. Ese futuro no se ofrece como una especulación, sino como una realidad que se actualiza en la lectura.

Como muestras de este tipo de anticipaciones, merecen recuerdo varios otros poemas especulativos en los que también se explota a fondo el sentimiento de maravilla que suscita el contraste entre la grandeza del universo y la pequeñez del hombre, aunque este sea capaz de concebir y expresar esa grandeza mediante una poesía científica en la que lo sublime, efecto estético fundamental de la



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

ciencia ficción según Cornel Robu⁸, se erige en emoción vigorosa, casi pura, incontaminada por la anécdota, tanto en los poemas que optan por la aparente impasibilidad parnasiana como en aquellos en que la sublimidad se alcanza a través de detalles sugestivos de raigambre simbolista.

Los parnasianos se concentran en la década de 1880, cuando se publicaron tres de los más representativos. Leconte de Lisle (1818-1894) creó prácticamente el modelo de esta poesía en 1883 con «L'astre rouge» [El astro rojo], recogido al año siguiente en *Poèmes tragiques* [Poemas trágicos]⁹. Aunque el epígrafe remite a un texto rabínico, según su costumbre de inspirarse para sus poemas en tradiciones preexistentes, el poema está libre de cualquier elemento sobrenatural, a diferencia de su visión de la Tierra helada en un futuro lejano en «Le dernier dieu» [*El último dios*]¹⁰ (1885; recogido en la edición de 1886 de *Poèmes tragiques*), con su dios Amor muerto como personificación de la derrota de la vida. «L'astre rouge», Sahil, el astro rojo que Ezra identificaba con una de las estrellas hemisferio meridional, se limita a estar suspendido sobre un planeta en el que impera el inmenso silencio inerte y vacío de la entropía, semejante a la muerte. El universo permanece, pero Sahil ilumina una materia sin vida. El hombre (o su equivalente de otro mundo) ha desaparecido sin dejar rastro, en medio de la más terrible indiferencia del universo, cuya grandiosidad y color quedarán para siempre sin que nadie pueda ya apreciarlas, como ese astro que sangrará eternamente por sus llamas rojas, suntuosa imagen final que lleva la impronta de un gran poeta.

⁸ Un resumen en inglés de sus teorías, con el título de «A Key to Science Fiction»: Revisiting the Sense of Wonder», figura en *Hélice*, II, 1 (2012), pp. 29-37.

⁹ La traducción se basa en la edición siguiente: Leconte de Lisle, «L'astre rouge», *Poèmes tragiques. Derniers poèmes*, édition critique par Edgard Pich, Paris, Les Belles Lettres, 1977, pp. 23-24.

¹⁰ Su traducción al castellano figura en *Hélice*, IV, 11 (2018), p. 130.

Edmond Haraucourt, discípulo de Lisle, lo emularía dignamente con el poema «L'agonie du soleil» [La agonía del sol], recogido en *L'âme nue* [El alma desnuda] (1885)¹¹. La visión de los planetas muertos es semejante, como no podía ser menos a la vista de las hipótesis científicas, pero Haraucourt acentúa la personalización del astro al ampliar la metáfora del ojo que contempla los planetas fenecidos e identifica el sol con un anciano descuidado y sin voluntad, incapaz ya de generar y sostener con su energía la vida, fijo en una larguísima agonía indicada por la hipérbole «eterna», al tiempo que se insiste en su desprecio de sus míseros satélites planetarios. El pesimismo es total. Ni siquiera hay la nostalgia de Lisle por el bullir de la vida anterior. Solo queda la imagen de la grisura del cielo en el que giran los planetas con el sinsentido de la muerte.

La entropía da lugar, pues, a un universo apagado como resultado final de una larga decadencia que afecta tanto a la naturaleza inerte como a la viva, hasta la desaparición de esta tras un proceso que anula, entre otras cosas, los logros de los hombres y los reduce al estado de pobres parásitos que se aferran instintivamente a su tierra moribunda. Tras Haraucourt, Jean Richepin (1849-1926) insiste en esta idea en su poema titulado «Le dernier océan» [El último océano] (*La mer* [El mar], 1886)¹². En esta anticipación, anterior en su tiempo interno al de «L'agonie du soleil», un argumento nada científico, pero que se presenta como tal, explica la evaporación de los océanos hasta su reducción a unas marismas viscosas en cuyas orillas los hombres transcurrirán una vida decadente de miseria sugerida bellamente por su identificación metafórica con los piojos de un mendigo, de for-

¹¹ La traducción se basa en la edición siguiente: Edmond Haraucourt, «L'agonie du soleil», *L'âme nue*, Paris, Fasquelle, 1908, pp. 27-28.

¹² La traducción se basa en la edición siguiente: Jean Richepin, «Le dernier océan», *La mer*, Paris, Eugène Fasquelle, 1896, p. 113.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

ma que la decadencia de las condiciones de existencia corre paralela a la del mundo.

En vez de este desprecio despechado hacia el mundo agonizante, la melancolía del fin es el sentimiento predominante, al modo de Lisle, en la descripción por Arturo Graf (1848-1913) de «L'astro morto» [El astro muerto] (*Dopo il tramonto* [Tras el ocaso], 1890)¹³. Este poema asombra por la penetración de su intuición cosmológica, ya que ese astro es tan lejano que, según el autor, su luz no ha llegado a la Tierra y que ni siquiera podrá hacerlo, lo que supone una intuición asombrosa de la muy posterior constatación de la expansión del universo, que nos impedirá que nos llegue la luz de estrellas y galaxias situadas a mucha distancia. Se trata de un planeta helado, alrededor del cual orbitan varios satélites orbitan como testigos mudos de la desolación lúgubre que ha sucedido, debido al enfriamiento entrópico, a su antigua vitalidad atmosférica, al tiempo que el hielo ha cubierto como un sudario las ciudades y las demás obras de los hombres de ese mundo, que se nos presentan como ideales tanto desde el punto de vista ético como estético. Por desgracia, para las leyes naturales son las sociales indiferentes. Una vez apagado el sol de ese planeta, la utopía tiene tan escaso futuro como las pasiones humanas en las que había preferido hacer hincapié Lisle. El hombre poco puede hacer contra una naturaleza que ni siquiera le deja el consuelo o el temor de juzgarlo.

Tampoco la rebeldía sirve de nada, según muestra la historia del último hombre vivo en la Tierra helada del futuro en «Clipe din urmă» [Últimos momentos] (1920; recogido en *Pe gânduri* [Pensando], 1920)¹⁴, de Artur

¹³ La traducción se basa en la edición siguiente: Arturo Graf, «L'astro morto», *Le poesie*, a cura di Ferdinando Neri, avvertenza di Vittorio Cian, Torino, Giovanni Chiantore, 1922, pp. 369-371.

¹⁴ La traducción se basa en la edición siguiente: Artur Enășescu, «Clipe din urmă», *Poezii*, ediție îngrijită, prefață și note de Mihail Straje cu un cuvânt înainte de Radu Boureanu, București, Editura pentru Literatură, 1968, pp. 76-79.

Enășescu (Artur A. Enăcescu, 1889-1942). Este poema, que inserta la teología en la ciencia natural, está escrito en una lengua difícil, con comparaciones y metáforas muy visuales y sugerentes de un mundo en lucha por sobrevivir al hielo entrópico. En medio de fugaces sobresaltos de vivacidad siempre vencidos, destaca la figura de un último hombre heroico, cuyo físico y pensamientos lo elevan a la categoría de titán, como si se hubieran concentrado simbólicamente en él las últimas energías del planeta, además de las reflexiones y sueños de la humanidad. Pese a este vigor sobrehumano, perecerá a la vez que la Naturaleza, en un último espasmo, con la muerte cubriendo la inmensidad y venciendo la resistencia de esa última cabeza pensante, mientras los ángeles lloran la derrota de la vida ante una indiferencia divina semejante o mayor a la evocada por Gonçalves Dias. Así llega a su fin trágicamente, con el último hombre, la propia inteligencia.

Los apocalipsis cósmicos no dejan, pues, resquicio a la esperanza ni al consuelo. No hay escapatoria, y de ahí lo hondo del sentimiento de pérdida irreparable e ineludible que suscitan cuando los poetas adoptan la perspectiva de la Naturaleza y se olvidan de las ilusiones religiosas que prevén la intervención final salvadora y justiciera de Dios. La misma perspectiva cósmica excluye también otro tipo de ilusiones, a saber: las ilusiones megalómanas de los escritores que atribuyen a su yo lírico una capacidad visionaria que no solo supera las épocas, sino que hasta les garantizaría una especie de pervivencia tras haber fenecido el orbe. Los apocalipsis líricos asumen las previsiones científicas del fin solo para reafirmar la eternidad de la visión del poeta.

Ficciones líricas

La perspectiva subjetiva del vidente contribuye a conferir credibilidad a unas historias



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

del final definitivo de la humanidad que siempre entrañan un problema de verosimilitud narrativa (¿quién puede narrar empleando los tiempos verbales del pasado una catástrofe planetaria que se supone que ha acabado con todos?). Al transferirse en espíritu al porvenir lejano, el escritor puede asistir así al triunfo de la entropía sobre la vida, tal como describe Leconte de Lisle en su poema «Le dernier dieu», en el cual el propio filtro de la visión favorece un planteamiento más lírico que científico. Los efectos de la congelación de la Tierra debido al enfriamiento solar no se describen con la relativa objetividad de poemas como el suyo propio de «L'astre rouge», sino que el mundo imaginado es sobre todo el pretexto para una reflexión personal con figuras y espacios alegóricos. Además, ante ese espectáculo, el yo del poeta adopta una perspectiva externa, de testigo, como si estuviera exento de los efectos de ese fin del mundo.

Este poder sobrehumano sugerido por esta perspectiva es implícita en Leconte de Lisle, pero se despliega expresamente en varias ficciones líricas latinoamericanas. En «Astro muerto» (*El libro de la noche*, 1917), poema en verso de Arturo Capdevila (1889-1967), la voz lírica conjetura sobre la historia de un planeta lejano, sus civilizaciones y su final, antes de proceder a una operación similar con la propia Tierra. El punto de vista especulativo adoptado matiza aquel poder, que se ejerce sin tasa, al contrario, en dos apocalipsis brasileños. El primero, de Raul Pompeia (1863-1895) y en prosa, se titula «Ilusão renitente» [*Ilusión renuente*]¹⁵ (*Canções sem metro* [Canciones sin metro], 1900), y se presenta como un sueño en el que una voz en primera persona, tras resumir con eficaz concisión la derrota universal de

las formas, describe una luz que parece la de la nueva creación. El segundo es el soneto titulado «Apocalipse» [Apocalipsis], recogido en volumen en *Eu e outras poesias* [Yo y otras poesías] (1919)¹⁶, de Augusto dos Anjos (1884-1914), que va más allá de esos precedentes, pues la visión, implícita, supone una afirmación del poderío sobrenatural del Arte. El yo poético se percibe como una presencia que trasciende espacios y tiempos, y puede asistir al cataclismo final que acaba con el universo, pero esta vez es él la única luz que ha quedado allí. Así ilustra la tendencia simbolista y postsimbolista de determinados poetas modernos de atribuirse capacidades divinas e incluso una sustancia equivalente a la de los dioses, gracias a su intuición visionaria de la supuesta esencia de las cosas. En «Apocalipse», los modestos mortales no dotados de tales dones extraordinarios desaparecen con el resto, mientras que el poeta puede seguir el curso de su existencia trascendente, aunque se trata de una supervivencia solitaria y estéril. No hay indicio alguno de que sea capaz de crear otro universo, a diferencia de la luz simbólica en el poema en prosa de Pompeia. Un destino tal parece tener poco de envidiable, de manera que la megalomanía poética es aquí susceptible de una lectura irónica. Esta ironía, que a veces llega hasta un trágico sarcasmo, es sobre todo frecuente en las anticipaciones del fin del mundo por causas naturales que centran su perspectiva no en las fuerzas exteriores a la humanidad que la hacen perecer (Dios o la entropía), sino en esa misma humanidad y su historia, al exponer las reacciones de sociedades e individuos simbólicamente representativos ante la catástrofe definitiva.

¹⁵ Su traducción al castellano figura en *Hélice*, IV, 11 (2018), p. 129, a la que sigue la del poema de Leconte de Lisle mencionado (p. 30). Ambos están precedidos de una nota introductoria que puede leerse como complemento de la presente introducción.

¹⁶ La traducción que figura abajo sigue la edición siguiente: «Apocalipse», *Toda a poesia de Augusto dos Anjos*, con un estudio crítico de Ferreira Gullar, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1978, p. 153.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

Ficciones históricas

La narración de los procesos históricos que desembocan en el fin del mundo o, al menos, de la humanidad a causa de sus propios actos es muy frecuente en la literatura de ciencia ficción de los siglos XX y XXI, según el desarrollo tecnológico iba facilitando instrumentos cada vez más potentes de destrucción. Si bien la idea de científicos que crearan algún gas capaz de terminar con todos los seres humanos a la vez, por puro capricho y voluntad de poder, ya había sido imaginada en el período positivista (piénsese, por ejemplo, en «Cuento futuro», cuento de Leopoldo Alas “Clarín” [1852-1901] publicado en 1886 y recogido en 1893 en *El señor y lo demás, son cuentos*), fueron las últimas dos guerras mundiales las que hicieron creer que los dirigentes políticos y militares no dudarían en utilizar en el futuro las armas de destrucción masiva desarrolladas durante ambas contiendas (armas químicas, biológicas y atómicas), con las consecuencias cataclísmicas que cabía imaginar. A ello se sumó desde 1960 en adelante la conciencia cada vez más común de los efectos catastróficos de la civilización industrial y consumista en nuestro planeta y sus habitantes. En cambio, salvo las especulaciones sobre el fin del mundo a causa de un fenómeno cósmico particular (por ejemplo, la caída sobre la Tierra de un meteorito de gran tamaño), las causas propiamente naturales perdieron mucho de su atractivo literario, de manera que hay que retroceder al período anterior a las guerras mundiales para encontrar algunos de los mejores ejemplos de ficciones sobre apocalipsis no antropogénicos de carácter histórico, esto es, que presten atención sobre todo a las vivencias de los seres humanos como especie social ante la perspectiva de su desaparición colectiva ineludible. Algunos de ellos son ya clásicos de la ficción especulativa, como *La fin du monde* [El fin del mundo] (1894), de Camille Flammarion (1842-1925); el cuento «El fin de un mundo» (1901), de Azorín (José Martí-

nez Ruiz, 1873-1967), o la novela corta «La mort de la Terre», de Rosny aîné, obras a las que convendría sumar varias otras, sobre todo francesas. Entre las que ha recuperado la arqueología literaria, disciplina muy desarrollada en el ámbito francófono, se cuentan dos que tienen en común la focalización en un personaje principal modélico y en las emociones que lo embargan ante el fin del mundo que llegará en plazo fijo, y breve, a consecuencia del frío entrópico. Se trata de la novela corta «Les derniers jommes» [Los últimos hombres] (1900), de Edmond Haraucourt, y del cuento «Le suicide du monde» [El suicidio del mundo] (1904)¹⁷, de André Saglio (Jules André, también llamado Jacques Drésa, 1869-1929). La de Haraucourt se caracteriza por el lirismo con que está contada la historia, desgraciadamente rebajado por su extensión y carácter quizá demasiado difuso. En cambio, el relato de Saglio consigue aunar en un artefacto literario coherente y eficaz la emoción poética, que deriva del sentimiento de pérdida, y la verosimilitud psicológica de las acciones narradas.

La sublimidad de un fin del mundo cósmico a cámara lenta se expresa mediante descripciones, muy visuales y eficaces desde el punto de vista del efecto de realidad que inducen, del valle en el que se ha refugiado la humanidad ante el avance del hielo hasta las crestas de las montañas que la protegen y confinan al mismo tiempo. También los detalles paisajísticos, con esas plantas y animales que cobran vida en el seno de una especie de paraíso efímero gracias a los últimos fuegos telúricos, contribuye a connotar la nueva felicidad inocente y sensual de los hombres, antes envejecidos anímicamente desde la infancia por el espectáculo de la grisura de un planeta agonizante y la opresión de las cuevas donde viven, pese al estado de perfección

¹⁷ La traducción que figura a continuación se basa en la edición siguiente: André Saglio, «Le suicide du monde», *Mercure de France*, LI, 173 (5.1904), pp. 345-365.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

utópica que han alcanzado científica, social y éticamente. Entre ellos, un sabio anciano es consciente de lo que se avecina a la humanidad y desea actuar en consecuencia mediante una eutanasia colectiva que les ahorre a todos una larga y degradante agonía tras una breve resurrección de la vida con la ayuda del fuego interno del planeta. Los escogidos del pueblo aceptan su propuesta, pero, al llegar el momento, el viejo científico parece enternecido por el espectáculo de la prolongación futura de la especie, simbolizada por su pequeño biznieto, que es quien acabará resolviendo accidentalmente el conflicto, con no escasas dosis de ironía trágica. Lo atroz del fin del mundo queda así subrayado por su contigüidad con la vida en ciernes, al quedar cortada en la raíz la continuidad de la existencia. Lo sublime y lo melancólico confluyen en una unidad emocional final sobresaliente que sugiere, junto con la maestría del estilo, el alto valor de esta excepcional incursión en la literatura de Saglio, más conocido como artista plástico e importante comisario de exposiciones.

Con la melancolía predominante en este relato contrasta la burla de la mentalidad apocalíptica que produjo el gran humorista Ramón Reventós (1882-1923) mediante su sinopsis de una novela no escrita titulada «Argument d'una història llarga» [Argumento de una historia larga] (1916; *Proses* [Prosas], 1953)¹⁸. El texto prolonga el tipo de comicidad sarcástica típica de los *fumistas* franceses desde Charles Cros (1842-1888) hasta Alfred Jarry (1873-1907), al tiempo que se inscribe como obra pionera en una vanguardia nihilista paralela a la coetánea dadaísta. Con el Dadá, que es estrictamente coetáneo, tiene en común el gusto por lo absurdo como una manera de denunciar el propio absurdo de la humanidad siempre en

guerra con ella misma por motivos en el fondo nimios. No obstante, al igual que en la ficción incongruente dadaísta de Jacques Rigaut (1898-1929) en otro texto escrito como argumento puro de carácter fictocientífico, «Un brillant sujet» [*Un tema brillante*] (1922)¹⁹, el absurdo tiene su propia lógica interna en el de Reventós. Una vez aceptada la premisa de que la Luna atrae hacia el cielo terrestre todos los mares de la Tierra, las consecuencias históricas pueden parecer verosímiles si se acepta el planteamiento anti-humanístico adoptado. En vez de extrañarse o, menos todavía, comportarse heroicamente ante el peculiar fenómeno, los hombres reaccionan con su superficialidad y codicia características, por ejemplo, tumbados en la arena contemplando, como si fuera una película y a la manera de los turistas actuales de sol y playa, el cielo verde luminoso con agua en toda su extensión, de donde caían mariscos. Es, pues, un nuevo Paraíso terrenal de pereza y abundancia, gracias a los tesoros mitológicos del fondo del mar ahora descubierto. Por desgracia, la Luna se cansa de mantener arriba las aguas y estas caen en un diluvio superior al antiguo, que ahoga a esta humanidad eminentemente frívola, no salvándose sino los adeptos a la natación. Esta observación remacha el absurdo de la historia y anula cualquier posible sobrecogimiento tristemente sublime ante el fin del mundo. El terror apocalíptico se sustituye por una carcajada nihilista y, paradójicamente, alegre. Al fin y al cabo, si no podemos escapar al final individual ni al colectivo, ¿por qué no encararlo con humor en vez de temor? Reventós ilustra una actitud minoritaria ante la perspectiva del apocalipsis, que no es otra sino la opción de la ligereza y la gracia, en la vida y en la literatura. Se trata de una paradójica afirmación vital que se manifestaría poco después en la ficción neoapocalíptica en

¹⁸ La traducción de abajo se basa en esta edición: Moni, «Argument d'una historia llarga», *L'Esquella de la Torratxa*, XXXVIII, n.º 1936 (4.2.1916), p. 82.

¹⁹ Su traducción castellana figura en *Hélice*, II, 1 (2012), p. 42.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

un poema que puede considerarse un ejemplo tardío de estética simbolista, el cual tiene la originalidad de fundir hasta el extremo los principios opuestos de Eros y Tánatos.

El título mismo de «Le dernier spasme» [El último espasmo] (*La montée aux enfers* [La subida a los infiernos], 1918), de Maurice Magre (1877-1941)²⁰, anuncia su carácter erótico. En vez de mirar la sociedad humana en su conjunto, la perspectiva se concentra en un grupo simbólico de tres varones jóvenes que raptan a otras tantas muchachas de su palacio protector, espacio simbólico de la civilización, y las llevan a un bosque, espacio de la naturaleza, donde las hacen descubrir a la fuerza los placeres del sexo, que ellas también acaban descubriendo en estos momentos previos al fin del mundo provocado por un cometa. Esta violencia sexual era tan chocante entonces (la gente que la ve desapruueba evidentemente la acción de los jóvenes) como ahora, y no lo es menor la idea implícita de que el estupro acaba por ser placentero para sus víctimas, pero Magre puede aducir una larga tradición literaria (por ejemplo, el rapto de las Sabinas o el comportamiento de sátiros y faunos) y, sobre todo, la función de la violencia descrita contribuye a la impresión de pasión irreprimible y exacerbada que se manifiesta paralelamente en los hombres y la naturaleza, hasta el espasmo definitivo que los mata a todos ellos y al mundo en un paroxismo de placer genésico y destructivo. El significado más obvio del poema parece estar relacionado, pues, con la exaltación de una sexualidad que se desata incontenible ante la perspectiva de la muerte colectiva. Habida cuenta de la tradicional represión del sexo recreativo por el Cristianismo, el fin del mundo coincidente con el placer supremo (y ya mutuo para los jóvenes de ambos sexos) representa

una alternativa desafiante a los neoapocalipsis teológicos como los arriba recordados de Gonçalves Dias y Pagès de Puig, fieles a la moral tradicional cristiana²¹. Saglio también había ligado el erotismo, aún presentado en términos idílicos, con un efímero nuevo despertar de la vida. La opción simbólica de Magre admite lecturas menos positivas. Aun sin considerar lo indignante del ultraje cometido, no sugiere un alto concepto de la humanidad que acabe estando simbolizada por estas tres parejas cuyos actos se limitan a la pura corporalidad. La mente y sus creaciones quedan reducidas a la nada frente a los instintos naturales, igual que la catástrofe cósmica anula las obras de la inteligencia, tal como sugiere la imagen de los barcos hundidos en los campos. El acto sexual como culminación explosiva de la Historia infunde al poema de Magre una sublimidad no reñida con la ironía. Este sentimiento ambiguo lo acomuna con las otras ficciones neoapocalípticas históricas y se ajusta a la índole de su entidad protagonista. Dado el carácter moralmente falible del ser humano, aunado a su capacidad creadora que lo hace rival a Dios, la naturaleza o el yo divinizado, no podía presentarse a los lectores como esas dos otras entidades, esto es, como los actantes uniformes y sobrecogedoramente grandiosos de las anticipaciones teológicas, científicas y líricas. Pese a su simbolismo y su carácter hiperbólico, la poesía del fin del mundo de Magre atribuye el protagonismo al ser humano o, como mínimo, a su cuerpo, hasta el punto de que los astros detienen su curso al producirse el orgasmo-fallecimiento. En 1918, era el momento justo para que se re-

²⁰ La traducción de abajo se basa en esta edición: Maurice Magre, «Le dernier spasme», *La montée aux enfers*, Paris, Eugène Fasquelle, 1918, pp. 95-97.

²¹ Jehan Maillart atribuye curiosamente la represión sexual al laicismo positivista, pero no hay que olvidar que los filósofos del Positivismo habían asumido la moralidad antisexual llamada victoriana, a la que se oponían sus adversarios culturales de la Decadencia, uno de cuyos motores más potentes fue una temprana liberación sexual, que se puede ejemplificar en la persona y la obra de Gabriele D'Annunzio.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

conociera que, efectivamente, el hombre debía protagonizar la imaginación del fin del mundo. A partir de entonces, los cataclismos planetarios ficcionales tendrían un origen sobre todo tecnológico y, en consecuencia, la

ficción neoapocalíptica se fue eclipsando ante la ciencia ficción contemporánea, no sin habernos legado antes varias obras literariamente tan interesantes como las que siguen.

Ficciones teológicas

Antônio Gonçalves Dias

Dies Irae

¡Yace el mundo corrupto!: la tierra ingrata solo produce frutos de maldición y, mientras los hombres afluyen al mercado, se enluta vacío el templo del Señor, el altar se llena de polvo y, por las naves, agrietadas, rotas por la mano del tiempo, olvidadas de cánticos y plegarias, la voz de Dios ya no resuena inmensa.

Todo conserva, sin embargo, el mismo aspecto: el sol en su giro, igual en apariencia, alterna acompasado las estaciones del año, y los astros, hermanos suyos, siguen gravitando en la bóveda celeste. La Tierra no ha cambiado; las aguas se deslizan por los valles o se despeñan de alpestres montañas con el mismo sonido, con la misma caída; las brisas aún conversan en los bosques sombríos. La mujer, la criatura más bella, se complace en sus propias perfecciones como cuando, en el Edén, se asombró al ver representadas en el agua sus pulcras formas y, al verlas, se ufano. Aún conserva el mismo orgullo e inteligencia el hombre, el rey de la creación, el dios creado, de cuando vinieron, para pedirle sus nombres, los cetáceos, las aves y los reptiles, y aquellas criaturas-montaña que pasaron entre Adán y Noé a flor de tierra.

Todo se muestra igual, pero el alma, ese mundo interior, ese otro templo, donde el propio Dios grabó su nombre, como los templos de piedra yace sin lumbré, yace como el edificio que cae en ruinas, donde no vive ningún guardián solícito, entregado a las malas aves, cuyos gorjeos pregonan que, en ausencia del señor, aquel es su imperio.

El vaso de la divina bondad, lleno, ya desborda de cólera y justicia, y el largo río del perdón salvador, estorbo, que ya no fluya más: santas aguas por cuya causa los siglos ya vieron graves ofensas sin justo castigo, que el Señor consintiese que perseveraran los malvados en el mal, a la espera de enmendar-

los, que triunfase la maldad, y que el crimen, vejando a los buenos, se enseñorease de la Tierra.

Pero Dios, que antaño fue tan clemente, dando inicio al reino de la justicia, se ha convertido en austero juez. Como un carro que avanza al encuentro del abismo, el sol apresura veloz su giro, alcanzando la meta temerosa predicha por los profetas. Un arcángel aún retiene con mano firme los eslabones de la cadena del tiempo, al tiempo que con la otra sella con siete sellos de bronce el voluminoso libro de la vida. Dios, ofendido, aparta su mirada del mundo, y el mundo deja de ser.

¿Quién pudiera pintar las discordancias en que se afana la naturaleza? Ascienden de la tierra vapores ígneos que sofocan lo que respira, lo que vive: los montes se desgarran en cráteres que vomitan humo y lava incesante; el mar se encrespa y, ardiendo furioso, arroja a las altas cimas enormes olas cruzadas, como si intentara sumergirlos; los vientos se enfrentan. Surgen nuevos prodigios, nuevos monstruos. El mar se convierte en sangre, el sol en fuego, el Universo en mansión de dolores afligidos; el hombre sufre, blasfema y se desespera, y viendo cómo los mundos se desploman raudos, suelta un grito de espantosa agonía, como de nave que se hunde en alta mar y cuyos restos giran en la inmensidad de las aguas.

Se contentó el Señor. ¿Qué queda?: el caos, el horror, la confusión, el bulto enorme del tiempo que oscurece el hondo abismo donde yace cautivo para siempre jamás, y el cadáver gigantesco de la muerte, que casi ocupa la superficie entera de un mar de plomo, oscuro y sin rumor. Apenas un rayo de la gloria del Señor, despedido desde los confines del espacio, hiere de muerte el rostro macilento de todo lo que fue, y cuanto existe.

Arturo Graf

Muerta está la vida

Se cierne la hora suprema, están maduros los destinos, sucumbe la progenie de los fuertes que van a morir.

¡Oh, angélicas cohortes, tocad las trompetas! No os oyen las tumbas, no se despiertan los muertos.

¿Veis? Es un cementerio enorme, silencioso, la tierra aridecida.

Semejante a un paño negro cuelga el cielo tenebroso, y muerta está la vida.

Jehan Maillart

Crepúsculo

Cuando el hombre hubo vivido en la Tierra (lugar de exilio que había deseado convertir, contra la oculta voluntad primitiva, en un Edén) durante un número de siglos más incalculable que los granos de arena del desierto, se sintió por fin harto de la vida. El amargo brebaje de la ciencia, que lo había embriagado, había posado el hastío en su corazón, que no había podido llenar. Habían transcurrido años inmemoriales desde el día funesto en que, expulsado de los Paraísos terrestres, que ahora guardaba la Espada, se había dejado seducir por la primera Eva. Y desde entonces, sin cesar a lo largo de las Épocas, había sentido en sus ojos oscuros el peso de la mirada magnética de la serpiente que le servía el veneno del Deseo. Y se le había visto a lo largo de los siglos, sordo a la voz de los profetas, intentar rasgar los velos sagrados que protegían las verdades misteriosas y que, desde el origen de los Tiempos, le estaba vedado levantar.

Engañado por funestas y pasajeras ventajas materiales, que le habían desposeído, por lo demás, de la hermosa corona de claridad que había ceñido al principio su cabeza altiva mientras había mirado al cielo, no veía que bajaba poco a poco en la escala de los seres y que su frente, exiliada de los cielos, se inclinaba cada vez más hacia la Tierra. No notaba que cada uno de sus pueriles descubrimientos, que celebraba con tanto orgullo, arrancaba un florón más a su diadema de júbilo. Él mismo se los quitaba con lo que parecía una voluptuosidad cada vez mayor a medida que aumentaba el oscuro capital nacido de la muerte de sus Esperanzas, y del que parecía enorgullecerse más que de su misma naturaleza divina e incompresible. Y se acercaba al fin de los Tiempos sin que nada lo curase de su ceguera. Penetrando la espesor de la niebla infecta que oscurecía los cerebros huma-

nos, en vano habían predicado algunos genios luminosos la Eterna verdad de la Idea sublime, la única verdad, decían, que le estaba permitido conocer a la débil humanidad.

Tan solo burlas necias es lo que cosecharon. Después, ante la insistente aparición de esos Astros que resplandecían a veces en el cielo de los siglos y cuyas palabras solitarias parecían llevar en su interior el aliento de la Eternidad, el terror había penetrado en esas almas viles.

El furor se había apoderado de los opresores seculares, porque sus palabras ardientes conmovían profundamente el alma soñolienta de los Pueblos e iluminaban con un fulgor súbito el mal camino por donde los guiaban infames pastores, hacia el abismo insondable. Esos advenimientos misteriosos que se repetían a intervalos iguales, como si los rigiera una ley secreta, dejaban durante mucho tiempo un surco luminoso en la masa sombría de las muchedumbres anhelantes, como la Estrella que, según viejos relatos casi olvidados pero revividos siempre por aquellos advenimientos, había iluminado una noche el profundo mar de los cielos para anunciar al Mundo el nacimiento de un Mesías, en quien se había dejado de creer.

Era como si el Verbo mismo hubiese hablado.

Entonces dictaron suplicios sin nombre contra aquellos proferidores inquietantes.

Semejantes a los tiranos antiguos y apelando en su auxilio a su ciencia fatídica, se asomaron a las cunas y, nuevos Herodes, degollaron sin piedad, en nombre del interés superior de la humanidad, a los pálidos niños, en cuyos ojos extraños dormía, mortal, el resplandor divino.

Pero no vieron que, con cada una de esas inmolationes sacrílegas, una estrella caía del cielo y que las demás, esos soles luminosos



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

que ya no se dignaban mirar más que a través de los ojos secos de la lívida Realidad, parecían llorar lágrimas de oro por su hermana desaparecida.

De esta manera, poco a poco, los campos del cielo se iban oscureciendo bajo el soplo gélido de esos melancólicos apagadores de astros y muchos lo celebraban como una victoria. Pues, ¿para qué servían esas lámparas inútiles, cuyas leyes oscuras habían comprendido, por lo demás, ya hacía mucho tiempo, y cuya pálida luz inquietaba sus noches taciturnas?

Su desaparición intrigaba tan solo a unos extraños ancianos que, encaramados en las montañas y expuestos a los cuatro vientos del Espacio, apuntaban constantemente potentes objetivos hacia las noches, como para insultar la virginidad de los cielos.

Estos fenómenos, inexplicables hasta entonces, los exasperaban, y furiosos por la inutilidad de su ciencia, que quedaba demostrada por primera vez, esos gnomos se clamaban recíprocamente su furor de uno a otro extremo de la tierra, a través de hilos misteriosos.

Ya hacía mucho tiempo que habían descubierto, arrastrándose como reptiles, los secretos más insondables de la gran Naturaleza y el mundo les parecía helado y vacío, bien pequeño incluso comparado con ellos. Y a veces se sorprendían por que el Dios de quien les habían hablado antaño no lo hubiera hecho más grande. ¿Qué les importaba la muerte de los Soles a ellos, que habían aprisionado la luz y que, lúgubres Prometeos, habían robado el fuego del cielo?

¿Acaso no habían organizado la vida misma? Y todos los engranajes de la vasta máquina humana, ¿no funcionaban, silenciosamente por el *bienestar* de todos con una exactitud matemática e intangible?

En verdad, ¡el hombre debía ser dichoso! ¿No había dominado las viejas calamidades que habían desolado el universo durante tanto tiempo?

¿No había derrotado a las enfermedades que más diezmaban tras arrancar a las plantas y los metales el secreto de las curaciones? La guerra misma, la vieja asesina de los hombres, la devoradora secular, había roto su espada, espanto de las madres, y su rojo manto ya no barría la superficie del filantrópico planeta, y el Pobre ya no turbaba, con el espectáculo de su miseria, la paz de la conciencia de sus prójimos apiadados.

La Armonía reinaba en todos los corazones. Sí, eran felices y podían mirar atrás, a la larga sucesión de siglos melancólicos pasados, con orgullo, pensando en el camino recorrido. Habían poblado los mudos desiertos, vaciados de sus huéspedes incómodos y en los que los leones majestuosos ya no rugían en la llana soledad. Habían sojuzgado los mares monstruosos, calmando las tempestades con un gesto, como antaño el Viejo Neptuno, el Dios de las Aguas.

Arriesgados pescadores, ¿acaso no habían hecho prisionero, de una redada audaz, al trueno demasiado ruidoso y no mandaban en las tormentas del cielo tanto como en las del corazón?

Al matar el Ideal, eterno Inquietador, con una crueldad mercantil, habían arrebatado al hombre el pretexto de todo insomnio agitador, que habría podido espesar en su frente la bruma de las tristezas.

Luego, deseosos de arruinar a la antigua Desdicha, vieja de labios fríos, hasta en su guarida primordial, habían conseguido, mediante selecciones hábiles y perseverantes que duraron varios siglos, domar al salvaje Amor mismo, que había perturbado durante tanto tiempo, con sus arrebatos irregulares y malsanos, la sabia tranquilidad del hombre anterior. Tras largos y tozudos estudios, sabios audaces habían demostrado que el viejo Beso, que los antepasados aún inmersos en la oscura barbarie ancestral pretendían que fuera, por un sentimentalismo irrisorio, la exterioridad divina del Amor y que incluso llegaban a tener, en su aflictiva ceguera de



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

espíritu, por la señal casi necesaria de la fusión inmaterial de dos almas, tenía su origen en un hábito útil y funcional de la maternidad, por desgracia necesaria. En efecto, cualquier persona dotada de sentido común y que sabía *ver* reconocía por fin como quimérica la existencia de esas almas, que aquel pretendía fusionar por un prejuicio ya intolerable.

Los investigadores taciturnos que sumergían sin temblar sus manos firmes en las entrañas de los sacrificados no la habían encontrado bajo sus escalpelos y sufrían una humillación atávica por las creencias anteriores.

Sin embargo, lo sabían: en esos tiempos desoladores, un gran filósofo que habían proclamado por esta razón Precursor, y que era el único entre los supuestos Pensadores aparecidos en el curso de los siglos a quien creían deber cierta veneración, había intentado reducir a sabios límites los desórdenes vergonzosos del Dios lúbrico, proclamando en la cara de sus contemporáneos burlones e incrédulos que lo que provocaba la irresistible unión de los seres no era, y por eso era verdaderamente algo sagrado, sino la gran voz de la Naturaleza, interesada en propagar la Especie. Asimismo, este pensador positivo, al que no escuchaban los hombres, aún esclavos de sus pasiones insalubres, recibía honores de todo el planeta y su estatua, cuyo gesto solitario anatemizaba rebeliones imaginarias, se erigía en los foros.

Con todo, señales inequívocas de hastío se manifestaban ahora en la frente de las multitudes. Un tedio irresistible invadía el corazón taciturno de los hijos de los hombres. En vano habían creído haber abolido la vieja desdicha ocultando una de sus caras nocturnas. Igual que Jano, acababa por volverse hacia ellos, invicto, y les mostraba el rostro pálido donde, como un pájaro de silencio, estaba clavada la eterna y amarga desilusión.

Se preguntaban aterrados de dónde procedía ese viento siniestro que sacudía la fuerte morada glacial en la que habían encerrado su

corazón al abrigo de tentaciones desconcertantes.

¿De dónde procedía ese penoso tedio que, Cóndor enorme de alas pesadas, planeaba terrible sobre las noches, entumeciendo la vida con sus magnéticos efluvios?

No veían, creadores desesperantes, que era su propio pensamiento realizado, y que había sustituido, funesto y fúnebre, a las puras figuras soñadoras y claras que habían expulsado ignominiosamente, violando el umbral de los antros sagrados donde descansaban, majestuosos, los viejos misterios. Se asombraban por la muerte de los Soles y olvidaban que, tristes insensatos, habían llevado mucho tiempo esforzándose por apagarlos soplando su aliento helado hacia la eflorescencia de los cielos, y que su saber sombrío había engendrado para ellos, según una ley inevitable, la nada.

Y parecían, bajo el fulgor macabro de los astros lunares, viejos encanecidos sobre cuyas cabezas bajaba un crepúsculo.

Habían desaparecido para siempre las cálidas y reconfortantes ilusiones del sueño, que son las únicas reales por desarrollarse bajo la mirada ardiente del hombre; el panorama de los nostálgicos recuerdos desvanecidos, y las realizaciones futuras surgidas de las potentes ficciones de la Energía, y el frío de la Vida los envolvía como un manto de hielo.

Entonces recurrieron, como siempre, a su ciencia maldita, y encendieron sus hornos en los palacios malditos, donde las causas sojuzgadas dormían en misteriosos recipientes en el seno del silencio refrigerante de las demostraciones, donde la incandescencia de los cobres de los aparatos brillaba como el oro, donde los hilos que habían suprimido las distancias entrelazaban inextricablemente sus rayos luminosos. Durante largos días y ardientes noches buscaron con huraña terquedad los medios seguros de calentar el Mundo entumecido, sin que esos duros trabajadores vieran que el final residía en ellos y que se irradiaba desde su corazón muerto hasta las



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

llanuras del cielo. Cuando se apercibieron por fin que todo era inútil, rompieron sus retortas impotentes y los invadió una angustia espantosa ante la cercanía de la destrucción presentada.

Luego los sacudió la cólera por la esterilidad de su ciencia y la repentina incompreensión del humillante fenómeno. Alzaron los puños amenazantes hacia los globos apagados y maldijeron a los antepasados, a quienes, por una confusa intuición, echaban la culpa de su ruina. Hostigados por la inquietante y sorda agitación de las muchedumbres, los viejos taciturnos que presidían los destinos de los hombres, retirados en sus torres silenciosas, a las orillas de los mares vencidos, consultaron viejos grimorios antes desdeñados, con la esperanza de encontrar en ellos la clave del anormal misterio. Desde las alturas de sus colinas solitarias, los sabios desasosegados sondeaban el ultramar de los cielos donde escasas estrellas palidecían tristemente aún, semejantes a las piedras misteriosas y preciosas que, en el exilio del seno amado, pierden lentamente su brillo radiante y no reflorecen hasta que no cesa el abandono.

Pero todo fue en vano. Los cielos, durante tanto tiempo insultados, seguían mudos e indescifrables ante sus pupilas ardientes, y ellos ya no entendían el lenguaje de los santos libros.

Entonces, sacudidos por el terror secreto que crecía lentamente como un mar de angustia en los arenales desiertos de su alma, llegaron a esperar el advenimiento de uno de esos hombres de luz que habían lapidado antaño por considerarlos peligrosos y funestos. Sin embargo, el cielo sordo permanecía implacablemente mudo y sus lamentos furibundos no despertaban eco alguno en el seno de aquel, en el que la inmoliación de los sueños divinos había creado el vacío eterno.

Entonces se pusieron a mirarse con desconfianza, aunque ya eran incapaces de sentir entre ellos los viriles furios del amor o del odio. La duda terrible, imagen de la nada

suscitada, era lo único que sobrevivía en la muerte de su alma crepuscular, condenada al derrumbamiento irremisible y universal.

No obstante, el rumor de las multitudes aumentaba poco a poco como el oleaje formidable de los mares, y golpeaba mugiente la base de las torres inmemoriales y de las montañas brumosas, allí donde proseguían encarnizadamente su labor tozuda los jefes de las Tribus.

¿También se dormían ellos, los Impecables, o habían perdido ellos también toda Esperanza?

Los llamaron a grandes gritos.

Acudieron y, inclinados sobre las almenas envejecidas de las torres fantasmales desde las cuales sus barbas blancas se extendían como oleadas de espuma, observaron con su dura mirada la muchedumbre anhelante que vociferaba sus nombres réprobos. Luego volvieron a entrar, impasibles e impenetrables, en sus moradas inaccesibles. Las multitudes abandonadas alzaron entonces hacia las cumbres sus puños feroces, que oscurecieron aún más la tristeza de los astros sombríos, esos astros que, desde el fondo de los cielos apagados, parecían velar la agonía del Mundo.

Sin duda, la trompeta trágica iba a tocar allá arriba la Llamada eterna.

El terror paralizó la lengua de los hombres y el silencio reinó sobre la tierra.

Y, durante días, días que fueron noches para los fúnebres vivientes, nada lo rompió. Ninguna voz, imprecatoria o salvadora, se elevó de los lugares inmundos, en sus cabezas que se habían desacostumbrado de los cielos.

Con todo, la angustia que habían sufrido al fin, oscura reminiscencia de esperanzas más antiguas, iba a hacer reflorar para ellos, en los sombríos valles solares, el Astro redentor. La Estrella deslumbrante apareció de repente en el fondo del cielo desolado, brillando con la luz tanto tiempo desoñada de los soles de las edades antiguas. Trazaba radiante su curva majestuosa, resucitando con su



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

claridad los cielos invadidos. Entonces, llenos de alegría y olvidando los antiguos errores, la siguieron en su marcha, como los magos de las leyendas olvidadas. Y adoraron, trayéndole presentes, al real Niño que acababa de anunciar, una vez más, el Astro de Belén.

La Esperanza reflorece en los ojos tanto tiempo entorpecidos; flores nuevas esmaltaban las comarcas, cuyos perfumes renovados respiraban con delicia: bajo los follajes reverdecidos que las brisas primitivas hacían susurrar, las parejas se unían con la inconsciencia de las eras originales. Los ojos vírgenes del Recién Nacido esparcían sobre el mundo frescos efluvios que hacían renacer los abrils desaparecidos. Las Esperanzas nuevas dilataban el Infinito de los cielos conquistados y las flores de las leyendas se abrían en los valles. Y, en las temblorosas noches del Amor que envolvían el mundo, las estrellas, pálidas aún bajo los velos, brillaban dulcemente como ojos de mujer, anunciando la liberación. Parecía que sus resplandores graves caían sobre la tierra como lágrimas de oro, y los amantes abrazados soñaban por las noches, bajo la mirada de los astros. La vida triunfante volvía a conquistar así los espacios.

Entonces, agradecidos, erigieron al Salvador un palacio soberbio en el que adoraron como a un rey, escondido bajo velos, al suntuoso vástago de sus sueños. Él, apartado de las cosas, vivía en silencio, eternamente joven, protegido por la fe de las muchedumbres creadoras. Y allí, bajo los mármoles, que eran menos puros que su pensamiento, caminaba entre el incienso de los buenos ángeles, mudo y sonriente, admirando con ingenuidad los lirios hieráticos que nacían de forma espontánea bajo sus miradas en flor.

Y la tierra se adornaba de una primavera eterna.

Pero volvieron los días oscuros en que los viejos dejados de lado bajaron irónicos de sus

torres espantosas, que las brumas del olvido habían aniquilado durante siglos.

El frío de su presencia se reveló pronto, porque infundieron a su alrededor una pesada inquietud y las flores divinas quedaron aplastadas bajo sus pesados pies. Sus ojos, simas profundas que habían devorado mundos, volvían a pesar sobre la vida. Aparecieron, dioses pálidos, hijos de la Tierra, como los Reyes de antaño que regresaban imperiosamente a reentrar en posesión de su trono, tras siglos de lasitud.

Su dominio se restableció invencible y fatal, y sus viejas manos sembraron de nuevo los gozos fríos del Conocimiento.

Los otoños deshojaron sus flores tristes en las frentes de los hombres y el cielo se apagó una vez más.

Luego, en medio del crepúsculo creciente, se vio a los Amos de las naciones señalar, en medio del espanto, con un gesto despiadado, el templo luminoso en el que vivía, envuelto en el velo de sus claras ilusiones, el Niño.

Seguidos por la multitud, asesina del Ideal, golpearon con sus dedos duros la puerta de bronce del Palacio sagrado.

Entonces, en esa última noche del mundo, bajo los rayos púrpura de los astros que enrojecían los cielos y las frentes trágicas, la muchedumbre sangrienta lapidó al endeble Dios al que ella misma había dado luz. Las pesadas piedras volaron, alcanzaron su frente cándida y le hicieron una corona rubescente. Para sí escuchó, sorprendido y pueril, los clamores incomprensibles.

Luego se cerraron sus ojos de gozo, los cielos murieron y el último rayo de Sol se apagó gravemente en los ojos del último Niño.

... Y el pájaro solitario salió pesadamente del agujero tenebroso en el que había deseado durante siglos, entregado a ensueños crueles, la destrucción del mundo; alisó sus plumas de sombra, y el Espíritu del Silencio revoloteó en la noche.

Anicet de Pagés de Puig

El Anticristo

Vendrá cuando llegue la hora. Primero vendrá la guerra; después vendrá la peste; más tarde, el hambre. —¡Ya viene!— dirán entonces, y antes de su venida, ya llorarán los hijos en el vientre de sus madres.

Vendrá, vendrá la bestia. Su cuerpo cubierto de escamas tendrá siete cabezas de tigre, diez cuernos como cuchillas; llevará diez coronas y, bajo ellas, se leerán siete nombres de siete grandes blasfemias.

Y los hijos de la tierra la conducirán bajo palio por pueblos y masías, por villas y ciudades, y ante las siete fauces todo el mundo dejará ofrendas, y hará milagros por doquier, y la adorarán todos.

En sus comidas horribles hará degollar a hombres y se bañará la bestia en tinas de sangre hirviente, hará destripar los vientres de las madres y las vírgenes, y sus pies se calentarán en las entrañas tibias.

Magníficas matronas le servirán de comer en grandes baldes de plata repletos de carne humana, y, en cabelludas cabezas de muerto, doncellas desnudas le escanciarán el vino mezclado con sangre impura.

Y la bestia, borracha, bramando de lujuria, tenderá en el suelo sus miembros viscosos, y los padres y las madres, sin temor ni vergüenza, le llevarán a la yacija sus hijas más hermosas.

Y en torno de la bestia serán fieras los hombres, serán corrales los templos y establos los altares, y por las mesas sucias rodarán los cálices, y las cruces tronchadas calentarán el hogar.

Los viejos perderán el ánimo, consumidos por la impureza; cubiertos de roña y lepra languidecerán los niños; por un vaso de vino turbio se degollarán los hombres y se venderán las mujeres por un trozo de pan.

Solo se oirán reniegos de odio, las manos ensangrentadas solo palparán barro, los la-

bios babeantes solo dirán mentiras y los ojos, llenos de fiereza, solo verán maldades.

Y los crímenes no dejarán de aumentar sin medida, y los crímenes de los hombres envejecerán el mundo, y arriba, en las alturas, llorando de duelo y pena, siete ángeles contarán los crímenes en siete libros.

Y ya habrá llegado la hora. Llevadas por las ventadas, víboras y langostas llenarán los campos; a las flores resacas les saldrán espinas y los árboles, deshojados, no volverán a florecer nunca.

En el agua envenenada se pudrirán los peces, en el aire sin vida se ahogarán las aves, volcanes y terremotos reventarán la tierra y el cielo no tendrá para los hombres sino truenos y rayos.

Las casas serán tumbas, los pueblos cementerios; los muertos yacerán donde caigan, nadie los enterrará; y a todos, vivos y cadáveres, se los comerá la bestia hambrienta de hombres, que nunca la saciarán.

En los enjutos terrones se habrá acabado la vida, no quedará ni rastro de la semilla humana, y en los vacíos inmensos nadarán en la sombra estrellas medio partidas y soles destrozados.

Y todavía, todavía paseará la bestia, bramando de hambre y rabia, su horrible majestad entre las ruinas, y todavía buscará, por hoyos y grietas, con las siete fauces abiertas, un hueso o un trozo de carne, en vano.

Entonces, el Padre Eterno descenderá a la tierra, con el Hijo a su diestra, rodeado de santos; resonará en los aires un cántico de alegría, y volverán a la vida todos los que antes existieron.

Entonces, siete arcángeles con espadas llameantes, acosando a la fiera, le rajarán las cabezas, y la bestia, espantada, vomitando siete ríos de espuma, dará las últimas boqueadas a los pies del Padre Eterno.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

Y se oirá entonces el sonido de siete trompetas, resplandecerá en las nubes la Santa Trinidad, pedirán los ángeles el perdón para

todos los hombres y empezará entonces el juicio postrero.

Ficciones científicas

Leconte de Lisle

El Astro rojo

Habrá, en el abismo del cielo, un gran Astro rojo llamado Sahil
(El rabino Aben Ezra)

Sobre los Continentes muertos, el oleaje le-
tárgico en el que palpité el último estremeci-
miento de un mundo crece en el silencio y la
inmensidad, y el rojo Sahil, desde el fondo de
las noches trágicas, llamea solo y clava en las
aguas su ojo ensangrentado.

Por el espacio sin fin de las soledades des-
nudas, ese abismo inerte, sordo, vacío, se-
mejante a la nada, Sahil, testigo supremo y

lúgubre sol que hace el mar más sombrío y
más negras las nubes, no aparta del sueño
universal su mirada sangrienta.

Genio, amor, dolor, desesperación, odio,
envidia, lo que se sueña, lo que se adora y lo
que miente, Tierra y Cielo, no queda ya nada
del antiguo Momento. Sobre el sueño olvidado
del Hombre y de la Vida, el Ojo encarnado de
Sahil sangra eternamente.

Edmond Haraucourt

La agonía del Sol

A Guy de Maupassant

La Tierra está muerta; muertos Urano y Saturno, Marte y Venus, Palas, Mercurio y Júpiter; muertos todos y, a través del pavor de su camino nocturno gravitan en el éter los espectros siderales.

Con su palidez cenicienta gravitan todavía, acercando al Sol sus ciclos soñolientos, y el anciano, que ya no espera aurora alguna, nota cómo se apaga el fuego genital en su seno.

¡Horror! Sobre él pulula la áspera miseria de los océanos, los bosques y los vivientes furtivos: un tedio moribundo lo retrasa; se encamina, y el viento fresco lo duerme entre estertores quejumbrosos.

¡Qué lejos están los soles! ¡Qué frías son las brisas! Y el enorme agonizante contempla con desprecio el rebaño fantasmal de sus planetas grises que giran lúgubramente alrededor de un gran cielo gris.

Jean Richepin

El último océano

Por inmenso que sea, el Océano disminuye, pues la fuerza por la cual se endureció nuestro globo, lenta y segura, lo hace también contraerse, mientras que se evapora en brumas hacia las nubes.

A fuerza de exhalarse, se extenúa su alma, y su cuerpo a la larga se condensa espesado. Ese verde manto lo cubría antaño todo, y hete aquí que pronto se verá la Tierra medio desnuda.

Luego llegará la hora en que, vieja, desdentada y sin crines, ya no tendrá más que un harapo sobre los lomos, un jirón de Océano, pesado, gordo, franjeado de mugre,

y en el sucio dobladillo de ese taparrabo viscoso bullirán los últimos supervivientes de mi raza como piojos adheridos a los andrajos de un pordiosero.

Arturo Graf

El astro muerto

En los abismos más remotos e inexplorados del espacio infinito, más allá de todo término de nuestro cielo, un planeta rueda fulminante en su órbita con desmesurada elipse.

Rueda con polo oscilante y oblicuo por los diáfanos vacíos eternos, arrastrando consigo en su rapaz vuelo siete ágiles lunas cernidas en su giro.

Rueda en torno a un monstruoso sol, un sol desconocido cuyos rayos nunca brillaron a los débiles ojos de la progenie humana, y nunca lo harán.

Agoniza aquel sol: un disenso de ignotas, inmensas y ciegas fuerzas, un fatal juego de la naturaleza apagó subitáneamente la mayor parte de su vivo fuego.

Agoniza aquel sol: como carbón candente requemado que se deslustra y languidece, arde siniestramente en el sombrío cielo, refulge con una funesta luz de sangre.

Una algidez repentina y desesperada heló aquel planeta, contrajo el vacío éter alrededor, atrapó en una rigidez mortal toda vida, ahogó todo movimiento.

Se precipitó en la nada una estirpe antigua, fuerte, noble, elevada con esfuerzo indómito de las latebras primeras del error a las cimas radiantes de la verdad.

Se perdió una civilización no manchada de la sangre fraterna, ni mentirosa ni cobarde, sino veraz y benigna; quedó extirpada para siempre la flor noble de las artes sosegadoras.

Aquel sol se apagó, aquel planeta está muerto: bajo el resplandeciente cielo enrojecido, sembrado de naves que nunca verán puerto, se extienden los mares yertos helados.

De los vastos campos, de las arenas emergidas se alzan soberbiamente las altas ciudades, rodeadas de horror, llenas de silencio, convertidas en sepulcros de la raza muerta.

Por el aire denso, indolente y prono ya no vibra el relámpago de clima en clima, ya no estalla furioso el trueno, ya no vaga la nube tempestuosa.

Las siete lunas, ora en conjunción, ora separadas, con marcada sucesión, se persiguen en guirnalda móvil por el cielo y, estremecidas, van contemplando el lúgubre desierto.

En los abismos más remotos e inexplorados del espacio infinito, más allá de todo término de nuestro cielo, un planeta rueda fulminante en su órbita con desmesurada elipse.

Artur Enășescu

Últimos momentos

Sobre ciudades de gloria, por valles patriarcales, donde hubo glebas y alegres moradas, crecerán en el horizonte los glaciares, gigantescos fantasmas que enseñan a la luna sus esqueletos pálidos.

Azotados por la ola del tiempo que todo lo tritura y roe, viejos con la cara chupadas y cejas tupidas, dormirán los sabios bajo aguaceros y nevazos, rompiendo eternamente el hilo de las inmemoriales crónicas.

Con alas de oro, espíritus partirán en fila por blancas laderas, con la frente hacia el abismo, haciendo una corona bajo el cielo con sus brazos apretados, y desaparecerán sonriendo juntos, amándose.

Un instante, abrasada por el último beso, que cubrirá el horizonte de una red de resplandores, renacerá la naturaleza, precipitando por los valles sus cascadas espumosas, por surcos nuevos, de barro.

Un instante, de nuevo, sangrará el aire sobre las aguas, fulminado fuertemente por la nostalgia de la luz. Después, rompiendo el molde de los últimos lirios, todo el cielo guardará su azul bajo los párpados.

Y el demonio de la perdición estará siempre al acecho; por la vastedad dominada por la desolación de la muerte solo se deslizarán nubes, con serpenteos fugaces, y el sol apagará, calmo, su antorcha humeante.

Abrazando la ceniza dejada en los altares, sobre espejos de hielo, pasará el sueño del mundo perdido; bajo él, se estremecerá en sus profundidades el suelo frío y, sobre él, se cernirán las coronas estelares.

De la grey dormida, un solo hombre en el mundo, derramando su sombra sobre el fosco témpano, medirá el desierto con el pensamiento a la zaga, y su mirada relampagueará penetrante como una flecha.

Diviso a través del polvo de los siglos su hechura imponente; su alta frente parece cla-

vada en la bóveda celeste y su alma tempestuosa que palpita en ásperas lejanías gira como un águila sobre las crestas de hielo.

Caen bloques hechos pedazos sobre su pecho de titán; sorben sus ojos todo lo hondo y claro del firmamento, y sus miles de pensamientos se alejan retozones sobre el frío amasijo con la rapidez de una caballada.

Sobre las alas petrificadas permanece el disco de brasa — Es un templo vacío la naturaleza, con blancos propileos, sobre el que cae el rayo de luna, centella esquiva, que sueña con una rama en flor, bajo el cielo primaveral.

Ningún suspiro rompe el océano de silencio; en los labios amoratados duermen las sagradas palabras. Abajo se extiende el horrible silencio de las tumbas y, arriba, la inmensidad de los silencios de las esferas.

En su mente de caos se forma una multitud de mundos; el viajero está fijo con la cara hacia el destino y espera la eternidad, caótico y divino, sustentando en los hombros la creación entera.

Se aferra a las cúspides, ascendiendo sin tregua; carga su dolor callado hacia la gloria; su esperanza sigue a flote, nave ondeante que lucha en el vendaval con el fiero oleaje.

Es el último eslabón de la cadena que se rompe; se enjambran los luceros en torno, y su cuerpo cadavérico aún separa un momento la luz de la oscuridad; por sus sienes caen chorreando gotas ardientes de sangre.

Su conciencia sofocada se debate como atenazada; quisiera quebrar los témpanos con brazos de llama, su pie resbala, se le corta el aliento, mientras su frente gigantesca se envuelve de brumas.

Y con todo, una vez más, él se endereza, y clava el pensamiento —herramienta divina— en todas las cosas, soñando con un mundo nuevo y un horizonte más alto, cuando el corazón se le parte en el pecho varonil.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

Embalsamando la tierra con un sueño ilimitado, su aliento helado se pierde hacia las alturas; arriba prorrumpe lastimoso un coro de querubines y pasan las nubes, serpenteando, sobre las ruinas.

Se quebrantan con fuerza las espadas fulminantes de las cumbres; todos los soles tropiezan un instante en su eje, y la muerte despliega su ala tremenda sobre la última cabeza, volcada en la inmensidad.

Ficciones líricas

Augusto dos Anjos

Apocalipsis

Mi Arte adivinatorio sobrepasa los siglos efímeros y observa una disminución dinámica, derrota en la actual fuerza, integérrima, de la Masa.

Es la subversión universal que amenaza la Naturaleza y, en una noche aciaga e ignota, destruye la ebullición que alborota el agua y hunde todos los astros en la desgracia.

Son despedazamientos, federaciones siderales rotas, derribadas... ¡Y yo solo, el último ser, por el orbe adelante,

espía de la cataclísmica sorpresa, la única luz trágicamente encendida en la universalidad que agoniza!

Ficciones históricas

André Saglio

El suicidio del mundo

¡Tan solo mil años...!

La Tierra trazaba una elipse muy larga alrededor del Sol rojo. Se había aplanado hasta adoptar la forma de una monstruosa lenteja de nieve, y su ecuador se había hundido en abismo circular, boca sombría y borrosa abierta a los supremos rayos de calor y luz.

Era en la tibieza de esa hoya donde se había refugiado la vida, pero no sobrevivían más que plantas desmedradas, algunos animales vellosos y hombres, más numerosos que los animales y las plantas, porque habían sabido protegerse mejor frente a la invasión mortal del frío. Habían excavado la roca para hacer galerías profundas que se acercaban al centro aún hirviendo, y su industria les había permitido torrear máquinas que podían hacerles seguir la claridad del día en su marcha giratoria.

Estos últimos hombres poseían efectivamente una gran ciencia. Habían acumulado todos los descubrimientos de innumerables generaciones anteriores y habían conseguido simplificar el esfuerzo físico hasta un punto ínfimo. Alimentarse ni siquiera exigía el esfuerzo de una caza cotidiana, porque se había conseguido hacía mucho extraer y materializar del aire y los minerales los principios necesarios para la existencia. Todas las enfermedades se prevenían o se curaban inmediatamente, y todos estaban seguros de expirar dulcemente, a una edad muy avanzada, por el mero desgaste de los órganos.

La inteligencia solo había encontrado límites inmutables cuando había buscado la causa y la razón de la vida. En esto había permanecido en el punto en que estuvo siempre cuando se intentó discernir una base de verdad absoluta en las afirmaciones seductoras de las religiones; todo se reducía a la observación del universal movimiento y a la deducción lógica de un primer impulso, pero la fi-

guración de este impulso, su origen y su término escapaban a los esfuerzos del cerebro, que se cubría de tinieblas tan pronto como abordaba el problema.

Así pues, los hombres de la Tierra moribunda no eran felices, pese a su despreocupación de las necesidades materiales y su seguridad frente al sufrimiento corporal, porque tenían más tiempo para pensar que los hombres de antaño, distraídos por la lucha cotidiana, y todos sus pensamientos conducían a un eterno interrogante que quedaba sin respuesta. Desde que los niños alcanzaban la edad de reflexionar, se dibujaba un pliegue grave en su frente, que ya no desaparecía jamás. Las palabras *risa*, *alegría*, *esperanza* eran desusadas, como si pertenecieran a una época antigua e ingenua. Muchos habían renunciado a salir del Valle, porque su tristeza se volvía más amarga a la vista del sol que declinaba en la bruma rosa del cielo, en el que ya no se extinguía nunca la polvareda de las estrellas. Aquellos preferían confinarse en las estancias subterráneas, en las que habían acumulado los vestigios de las civilizaciones antiguas, e intentaban vivir con la imaginación los tiempos pasados, con la obstinación del anciano que recuerda su juventud. Sin embargo, no se acostumbraban a encontrar en los libros amarilleados o en los fragmentos esculpidos de los templos arcaicas invocaciones a un Dios justo, bueno y sabio. Cuando ellos mismos o algún otro de sus hermanos de la tribu humana se veían obligados a aludir a la inexplicable Fuerza-principio, empleaban una palabra con el triple sentido de *Soplo*, *Ceguedad* y *Locura*, pero todos evitaban esta expresión lúgubre que despertaba el odio al recordar los millares de siglos de sufrimiento y fatales caídas.

En un mundo sin necesidades materiales, no había ni ricos ni pobres. Todos tenían el




Ficciones neoapocalípticas panlatinas

mismo derecho a servirse de las cosas necesarias, máquinas que evitaban el cansancio, comida almacenada en lugares públicos, bibliotecas y museos. Por tradición, quienes tenían mayor experiencia supervisaban el orden de todas las instituciones que mantenían la vida y prescribían a los jóvenes las breves labores útiles para la comunidad.

*

Se contaba entre aquellos ancianos uno que había calado más todavía que los demás en todos los conocimientos del pasado. Se llamaba Orguzalam. Su rostro lampiño parecía de cera; en su frente, la arruga de reflexión melancólica que se marcaba en todos los hombres era profunda como una herida y sus ojos del color del agua no reflejaban nada de las cosas efímeras. Vivía con su numerosa descendencia en un subterráneo con vistas a un punto del Valle a través de una gran abertura cerrada por un cristal. Igual que muchas personas mayores, no se desplazaba ya desde hacía mucho tiempo para seguir la luz vivificadora del sol, sino que, embutido en pieles, se mantenía todo el tiempo con la mirada fija en el infinito unas veces negro y otras escarlata, en una contemplación silenciosa. Sin embargo, los suyos veían a veces moverse sus labios, como si se hablara a sí mismo, y sus dedos trazar cifras invisibles en la rodilla.

Ahora bien, una mañana, al salir el prodigioso astro de hierro, Orguzalam vio ante sí, en la cima de la muralla a pico que cerraba el valle, un largo centelleo sangriento, una milagrosa franja de rubíes que seguía el capricho de la roca tan lejos como alcanzaba la mirada. Comprendió que se trataba del hielo que había llegado al fin, en su implacable marcha destructiva, al último refugio de la humanidad, y un grito se le escapó del pecho, pues sus cálculos habían medido exactamente el tiempo muy breve que transcurriría entre esa señal y la extinción completa de la vida:

¡Tan solo mil años...!

El sonido atravesó las galerías, rebotó en las paredes, tan trágico que acudieron todos quienes lo oyeron, pero no leyeron nada en el viejo rostro ya inmóvil y no percibieron la llama encendida tras los ojos sin color... El murmullo de la multitud que llenaba la estancia pareció ser los únicos que sacó al anciano de su ensueño; contempló largo rato a los varones, las mujeres y los niños pequeños, suspiró hondamente y ordenó luego que fueran a buscar a diez hombres de edad avanzada con la reputación de ser los más sabios, y a diez jóvenes, de entre aquellos que habían fundado nuevas familias.

Hacia mediodía, entraron los veinte uno tras otro, se inclinaron en silencio ante el maestro y se sentaron en semicírculo. Parecían veinte hermanos, hasta tal punto el sentimiento de la inutilidad de prever había fijado en su rostro idéntica lasitud, o más bien veinte retratos de una única persona tallada en la piedra en las distintas edades de su vida.

Cuando se cerraron las puertas, Orguzalam habló. Evocó con palabras magníficas y concisas la formación del mundo, gas encendido en la *Nada* incomprendible. Contó la lenta solidificación de la esfera, la aparición de la vida, el nacimiento de la inteligencia en una nervadura de bestia accidentalmente desarrollada en cerebro; recorrió la áspera lucha de miríadas de generaciones para perdurar y luego agrandar, parcela tras parcela, el dominio del pensamiento; mostró las victorias que, al enorgullecer a los hombres, los habían enloquecido con la ilusión de ser los instrumentos directos de una divinidad de justicia y bondad, al tiempo que, pese a sus progresos, la Tierra empezaba a morir.

Y la voz proseguía, ardiente de odio:

—¡Hombres, me dirijo en vosotros a la humanidad entera! El hielo nos gana; hoy toca nuestra hoya; mañana entrará en ella y, exactamente dentro de diez siglos, la última palpitación de vida se extinguirá bajo su sudario vítreo. Hombres, ¿dejaremos que la obra



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

humana desaparezca así, sin rebelarnos contra la fuerza ciega que nos hizo surgir? ¿Dejaremos que el mundo vuelva a hundirse en la nada sufriendo una tortura más breve, pero más espantosa que aquella que fue el alumbramiento de la inteligencia? ¿No tendremos siquiera una maldición digna del genio creado por nuestra raza contra ese juego demente que produjo la Tierra y su pueblo, y que lo mata en el momento mismo en que ha llegado a su perfección? Estamos unidos como hermanos, hemos hecho desaparecer el sufrimiento físico, nuestros descendientes podrán vivir una dulce existencia gracias a la experiencia laboriosa de sus antepasados, sin preocuparse siquiera por la muerte, porque se verían revivir en hijos destinados a disfrutar igual que ellos de las cosas bellas y buenas que conocieron. ¡Y es en ese punto culminante en que hay que aceptar que la inteligencia humana se vaya a pique por el dolor del cuerpo, hasta no ser en el cerebro del último de los hombres más que el vislumbre de instinto de la fiera, que aúlla ante la muerte, y acaba cayendo agonizante sobre los vestigios de la civilización, en la oscuridad y el hielo!

»¡No, no, rebelémonos, hombres de la tierra! ¡Engañemos a la cosa monstruosa sin ojos ni oídos y, puesto que no podemos hacer nada contra la aniquilación, robémosle al menos diez siglos de sufrimiento! ¡Que la humanidad perezca de golpe en una apoteosis y que esta vieja Tierra que se glorificó de haber visto surgir el alma en la materia, se hunda con nosotros en vez de seguir girando durante miles de años en el infinito, planeta desolado y muerto, resto del mundo!

Durante largo rato aún, continuó clamando terriblemente, hasta el momento en que el rojo sol poniente escotó su disco al borde de la montaña, y los veinte hombres en pie, embarcados por una emoción grandiosa, gritaban con él anatemas y gemían, con los brazos tendidos hacia la inmensidad, como un coro que respondiera a un cántico de muerte: «¡Engañemos al soplo! ¡Cambiemos la ley! ¡Que el

hombre tenga por fin su revancha! ¡Díganos, Maestro, lo que hay que hacer! ¡Diga lo que piensa, Maestro!»

El gran anciano los abrazó entonces con un gesto y, bajando la voz hasta un tono apenas audible, como si temiese una invisible presencia que merodeara, explicó su formidable plan: en puntos igualmente distantes cavar el suelo del valle que rodeaba la tierra, penetrar hasta el fuego y hacerlo manar en fuentes ardientes que devolverían al mundo una luz y un calor olvidados desde hacía mucho tiempo, hasta que el seno nutricio quedase vacío. Pero, antes de ese agotamiento fatal, en un momento que solo él, Orguzalam, decidiría, la Tierra desaparecería de golpe; no hacía falta que explicara su procedimiento; la aniquilación, lo juraba, sería tan rápida como un parpadeo, y tan completa que el polvo del camino podría parecer basta al lado del vapor que marcaría un instante el lugar del mundo...

*

Algo como una locura de actividad agitó a la humanidad fija desde hacía siglos en la espera del final inevitable. Por todas las galerías subterráneas se afanaban los seres, y hormigueaban con tal densidad que diríase que, de repente, la especie se había duplicado. Un rumor enorme de voces retumbaba a través del laberinto de bóvedas inundadas de luz eléctrica y se mezclaba con el estruendo de las máquinas que giraban y golpeaban. Filas de trabajadores brotaban sin cesar de las puertas abiertas en forma de madrigueras en las faldas del valle y, todo el día, los débiles, las mujeres, los niños y los ancianos se aferraban en capas a las pendientes rocosas, como placas de líquen movientes, para ver avanzar la obra liberadora. Entretanto, seis taladros colosales se alzaban efectivamente hacia el cielo, penetrando la bruma encarnada con sus agujones de acero. A continuación, se animaron con jadeos rítmicos, des-



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

fundando la arcilla, pulverizando el granito y vertiendo alrededor de su base cascadas de escombros que se amontonaban en cráteres. Por fin, casi al mismo tiempo, alcanzaron una mañana el globo líquido de fuego que formaba el corazón del planeta, y la lava se precipitó en el pozo con el clamor de una manada de animales, hizo saltar hasta los hielos lejanos las armazones de las máquinas y brotó en el aire tan blanca y resplandeciente que se dejó de ver el sol y el cielo parecía descolorido. Los chorros superaron las montañas y luego su cima se ensanchó en forma de parasol y empezó a caer en gruesas gotas que se estrellaaban contra el suelo con un ruido sordo, en una granazón de chispas. Se formaron en unas horas seis lagos hirvientes, que se extendieron en el fondo del valle y corrieron unos hacia otros como ríos hinchados uniéndose.

Esa tarde, por primera vez desde el origen del mundo, no hubo noche para la humanidad. La luz y el calor eran insoportables cerca de las fuentes de fuego, pero al alejarse, todos podían gozar sucesivamente del ardor de los mediodías tropicales que hubo en la edad media de la tierra, o la blanda suavidad de las riberas mediterráneas o, más lejos aún, en el intervalo justo entre dos volcanes, la sutil sensación del crepúsculo en una primavera del país olvidado por donde corría el Sena, preñado de islas en flor. Fueron estas las regiones encantadoras y poéticas que prefirieron muchos. Los jóvenes vagaban por ellas en parejas, abandonándose al gozo del presente, felices por el silencio de sus pasos en la alfombra de césped que, mágicamente, se había puesto a verdecer; mil riachuelos de agua bajaron cantarines de las murallas rocosas de las que retrocedía el hielo; la savia subió por los viejos troncos negros y los adornó de yemas parecidas a pedrerías de color violeta y rosa; en las grietas aparecieron animales menudos entumecidos.

No hubo nada más admirable que ese inmenso día sin fin, en el que todo renacía exquisita y violentamente. Cuando las parejas

se cansaban, se tendían allá donde los hubiera llevado su camino sin meta, entre el perfume de las jóvenes plantas, y se dormían con las manos entrelazadas; a su vera, ignorantes del miedo, los pájaros acurrucaban sus pequeñas cabezas en sus plumas erizadas, y los insectos permanecían inmóviles en el cáliz de las flores, entre la blandura del polen.

Nadie pensaba ya que ese minuto de oro de la eternidad había de tener fin, salvo el viejo Orguzalam. Mientras las máquinas excavaban el cuerpo desgastado de la tierra, se había encerrado con libros de épocas pasadas que guardaban el secreto de inventos químicos tan destructivos que, de común acuerdo, los hombres habían renunciado un día a las guerras para salvar la raza humana. Sin embargo, las fórmulas de esas materias fulminantes, por complicadas que fuesen, eran todavía pueriles para un cerebro que reunía la ciencia de la humanidad entera. Al aparecer el penacho radiante del pozo más cercano a su morada, Orguzalam había encontrado una combinación explosiva que era la más espantosa nunca soñada, y había oído los gritos de alegría de los seres repartidos por el valle, mientras que él recogía, cristalizada en las paredes de los alambiques, un polvo tan ligero y con un matiz tan precioso que se habría creído un despojo de alas de mariposa. Tuvo suficiente para llenar un cofrecito, y era más de lo que hacía falta. Selló la tapa y lo hizo bajar al fondo más subterráneo de las galerías abandonadas por los hombres; un cable lo conectaba a su habitación, cable que terminaba en una minúscula máquina brillante que semejaba, en el rincón del suelo en que la dejó, una pelota de oro olvidada después de jugar.

Entonces, con todo preparado, el anciano volvió a su lugar de costumbre, frente al ventanal redondo, cuyo cristal rompió, y el aroma de las flores, mezclado con el tintineo de las risas en el aire tibio, lo envolvió acariciante. Pero su alma seguía tan rígida como su rostro: recorría con el pensamiento la in-



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

mensidad y adivinaba los universos de estrellas orbitando interminablemente y sucediéndose unos a otros según el inexplicable impulso del soplo ciego. Su mente se representaba, sin límites, los focos de vida que se iluminaban, un momento radiantes y apagándose luego en una agonía parecida a la de la Tierra. El odio lo embargaba, enorme. Habría querido que el Principio, motor del juego atroz de las cosas, pudiera dibujarse en su imaginación en la forma tangible que le conferían los ingenuos creyentes de antaño, para suponer la contracción furiosa de su rostro cuando la humanidad, vulnerando su ley de desgracia, escapara de golpe al abrazo progresivo de sus garras heladas. Incluso llegaba a considerar ínfima esta venganza misma de matar a la Tierra antes de su hora; hubiera querido aniquilar todo lo que era movimiento en la Eternidad.

*

Hacia ochenta y dos días que la vida había regresado al valle terrestre cuando despertó a Orguzalam, tras unas horas de sopor, un balbuceo fresco y encantador. Miró ante sí y vio, sobre el musgo perfumado por las violetas, un niño desnudo, el último de sus biznietos, que movía sus miembros rosados con esfuerzos inseguros, con todo el gozo de sentirse vivo. Y,

mientras el anciano lo observaba, tuvo de repente la impresión de que un ligero velo descendía súbitamente sobre el mundo. Alzó la mirada y vio que la antorcha de fuego, en el extremo de la garganta verdeante, había dejado de alcanzar la altura de las elevadas murallas. Se habían agotado las entrañas de la Tierra; la lava había empezado a bajar. Sin duda, solo él se había dado cuenta; había que actuar antes de que la angustia penetrara en el corazón de los hombres.

Orguzalam se levantó, pero una reflexión le cruzó de pronto por la mente e iluminó su cara con un fulgor sobrehumano y triunfante. Tomó al pequeño sonriendo, lo alzó en brazos hacia el cielo, como para hacer ver mejor a lo Desconocido la burla inmensa de su gesto sin fuerza, lo posó luego en el suelo de la habitación, muy suavemente, y miró.

Gateando sobre sus manecitas tiernas, sobre sus rodillas, el pequeño erró, se tropezó. La pelota de oro atrajo su mirada; se acercó a ella gritando y riendo, tendió los dedos temblorosos, perdió el equilibrio y cayó con todo su peso sobre el juguete.

.....

Una polvareda de chispas floreció un instante en la inmensidad, se apagó luego y el ojo sangriento del sol buscó en vano el mundo.

Ramón Reventós

Argumento de una historia larga

Traducción de Rubén Molina Martínez

© Rubén Molina Martínez, por la traducción, 2019

Un día, a la señora Luna se le ocurrió beberse los mares; no es necesario explicar las razones que tenía para hacer tal cosa porque los argumentos no son más que acción y no explican nunca los motivos que mueven a los personajes. Así pues, la cosa es que a la Luna se le ocurrió beberse todos los mares del mundo.

Empezó a sorber, y cuando se cansaba resoplaba, y con este procedimiento originó unas mareas que, a su lado, las que solía provocar con su respiración no eran más que un ligero vaivén al que ni siquiera merecía la pena prestar atención. Llegó un día en que se sintió con suficientes fuerzas y, entonces, chupó con ganas, y ya no solo los mares, sino también los ríos y los lagos y las modestas fuentecillas hicieron como la merienda en el día de San Miguel.

*Por san Miguel,
la merienda sube al cielo*¹.

Al Cielo se fueron el grandioso Pacífico, el Atlántico, que linda con él, el Índico y sus aguas maravillosas, y los océanos del Norte y del Sur, y todos los mares y marecillos, incluso nuestro azul Mediterráneo abandonó sus queridas Grecia, Francia, Italia y España para irse con la Luna.

Y he aquí que los hombres se encontraron con que sus posesiones habían aumentado de

manera considerable, enorme, que la tierra pisable era seis o siete veces más grande de lo que jamás había sido. Asustados, bajaron a los profundos valles donde vivían esos peces que son todo cabeza y que por cuerpo tienen una cola de torero, y una vez allí, a la luz del sol, que brillaba en ese lugar por primera vez, vieron los palacios de las sirenas, la cueva mágica de Neptuno, la guarida de la gran serpiente de mar, esa que tiene una crin espesa como la de mil leones o la de Viura y puede engullir un transatlántico y digerirlo, con maquinaria incluida, al igual que hay personas que digieren las cerezas y las ciruelas con hueso y todo.

Pasearon por las blandas arenas que formaban campos inacabables, recorrieron bosques de algas completamente desconocidos, encontraron nuevos minerales, nuevas piedras preciosas; en fin, todo lo que explican los tripulantes del «Nautilus», pero corregido y aumentado en belleza y maravillas, y sin tener que ponerse el traje de buzo, que es incómodo y feo.

Sin embargo, cuando una y otros se mostraron en todo su esplendor ante los ojos de los humanos fue al levantar estos la mirada al cielo y ver que era azul y se había vuelto verde, que no había nubes y que vivían como dentro de una gran pecera cuyas paredes, en lugar de ser de cristal, eran de agua, de un agua más poblada que la gran ciudad de Londres, con toda clase de peces, sirenas, tortugas, cangrejos, en resumen, todos los animales marinos.

El Sol y la Luna lo iluminaban todo, y los hombres, tumbados boca arriba, contemplaban la más hermosa de las películas. Naturalmente, la comida se encareció como hoy en día debido, digamos, a la sequía, pero pronto el ingenio de los sabios despertó, subieron a las aguas y, como quien construye un puente

¹ El texto original completo de este refrán es «Per sant Miquel, el berenar se'n puja al cel; per sant Macià, torna a baixar» [Por san Miguel, la merienda sube al cielo; por san Macías, vuelve a bajar], y hace referencia a la costumbre de los campesinos de suprimir la merienda a partir de septiembre (festividad de san Miguel), cuando los días se acortan, dado que ya no podían trabajar hasta tarde al aire libre y, por tanto, adelantaban la hora de la cena. San Macías se celebra en marzo, momento del año a partir del cual los días ya van siendo suficientemente largos como para trabajar hasta más tarde, atrasar de nuevo la hora de la cena y volver a tomar la merienda. (Nota del traductor.)



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

al revés, hicieron caer sobre la tierra los inagotables chorros de mil fuentes, ríos y fuentecillas de agua fresca y regalada que devolvieron la abundancia al suelo. Pescaban con escopeta, tirando el lazo, y los que querían pescar con caña parecían muchachos matando murciélagos.

De vez en cuando, caían unas granizadas

de mejillones, ostras y todo tipo de conchas que aquello era una delicia; vamos, el Paraíso terrenal.

Lo malo es que un día la Luna se cansó de contener el aliento, y volvió a caer una especie de Diluvio, pero más a lo grande. Solo se salvaron los socios de los clubes de natación, y gracias.

Maurice Magre

El último espasmo

Como habían comprendido el sentido del cometa, del espesor del aire y de la perturbación de las aguas, los jóvenes, atormentados por lujurias secretas, entraron corriendo en el parque del palacio.

Ya salían crujidos del hueco de los árboles, los lebreles desfallecidos aullaban en el césped... El calor partía los pilones y los mármoles, y la muerte difundía su fuerte exhalación...

Se abalanzaron de pronto sobre las tres jóvenes, las estrecharon contra sí con mano fuerte y, pisando el arriate y salvando la verja, huyeron a caballo sujetándolas por el talle.

El terror embellecía los tres nobles rostros, la lucha dibujaba la línea de los cuerpos puros. Desde las puertas, gente gritaba a su paso... Pero ya relámpagos rayaban de oro el cielo...

La cabalgata llegó hasta el bosque cercano. Allí, desnudándolas, machacándoles las rodillas, los varones en celo poseyeron bajo la sombra de los robles a las tres muchachas de cuerpos delgados y delicados.

No querían perderse en el silencio sin antes penetrar el pesado firmamento con sus gritos de placer. Deseaban conocer, al morir, la fuerza de la vida, estallar de juventud y amor.

Pero ya los pájaros caían como piedras, los caballos habían muerto en pie, todos los rebatos

aullaban en la tarde de luces verdosas... Ellos solo pensaban en la forma de los senos...

Aprendían el ritmo esencial del mundo. Ahora el placer era mutuo y la tierra, rompiendo sus vértebras profundas, les ofrecía un nuevo alimento sexual.

Las jóvenes, descompuestas por los abrazos, gemían y apretaban contra su regazo a los jóvenes. Los dientes marcaban los cuellos y los labios devorados se bebían entre sí inagotablemente.

El mar se levantó, las montañas ardieron en llamas, se oyó ruido de cañonazos de las entrañas de la tierra... Monstruos emergieron de las profundidades. Los pueblos enloquecidos se carbonizaron...

Altos navíos lanzados por maremotos acabaron clavados en medio de las tierras de labor... El río enloquecido corrió sobre la ciudad extraviada... Los amantes seguían unos sobre otras.

La luna se hendió en el cielo de desastre... Brotaban a miles géiseres de fuego... Pero, bajo la lava en llamas y los fragmentos de astro, los amantes entrelazados seguían poseyéndose...

Y, más alto que el chorro de los volcanes gigantescos, en el caos y el éter carbonizados, deteniendo los soles en su loco arabesco, subió el último espasmo y el último beso...

Apéndice

Textos originales de «Crepúsculo» y «El Anticristo»

Jehan Maillart

Crépuscule

Quand l'homme eut vécu sur la Terre — lieu d'exil dont il avait voulu, contre l'occulte volonté primitive, faire un Éden — pendant un nombre de siècles plus incalculable que les grains de sable du désert, il se sentit enfin las de la vie. Le breuvage amer de la science dont il s'était enivré, avait déposé le dégoût dans son cœur, qu'il n'avait pu remplir. D'immémoriales années s'étaient écoulées depuis le jour funeste où, chassé des Paradis terrestres, que gardait maintenant l'Épée, il s'était laissé séduire par l'Ève première. Et depuis, toujours à travers les Époques, il avait senti peser sur ses yeux obscurs l'œil magnétique du serpent qui lui versait le poison du Désir. Et on l'avait vu à travers les siècles, sourd à la voix des prophètes, essayer de déchirer les voiles sacrés qui protégeaient les vérités mystérieuses et qu'il lui était, des l'origine des Temps, interdit de soulever.

Trompé par de funestes et passagers avantages matériels, qui l'avaient du reste découronné progressivement de la belle couronne de clarté qui primitivement avait ceint sa tête hautaine, tant qu'il avait regardé le ciel, il ne voyait pas qu'il descendait peu à peu l'échelle des êtres et que son front, exilé des cieus, se penchait de plus en plus vers la Terre. Il ne sentait pas que chacune des pué-riles découvertes qu'il célébrait avec tant d'orgueil, enlevait un fleuron de plus à son diadème de joie. Il s'en dépouillait lui-même avec, semblait-il, une volupté de plus en plus grande à mesure que s'augmentait l'obscur capital, né de la mort de ses Espoirs, et dont il paraissait plus fier que de sa divine et incompressible nature même. Et il approchait

de la fin des Temps sans que rien le guérit de son aveuglement. En vain, perçant l'épaisseur de l'infect brouillard qui obscurcissait les cervelles humaines, quelques lumineux génies avaient prêché l'Éternelle vérité — la seule qu'il fût permis, disaient-ils, à la faible humanité de connaître — de l'Idée sublime.

Des railleries ineptes les avaient accueillis, puis sur l'insistance de l'apparition de ces Astres, qui resplendissaient parfois dans le ciel des siècles, et dont les paroles solitaires semblaient porter en elles le souffle de l'Éternité, l'épouvante était entrée dans ces âmes viles.

La rage avait saisi les séculaires oppresseurs, car leurs paroles ardentes remuaient profondément l'âme sommeillante des Peuples, et elles éclairaient d'une lueur soudaine la mauvaise route où d'infâmes pasteurs les guidaient, vers l'insondable abîme. Ces venues mystérieuses qui se reproduisaient à intervalles égaux, comme par une loi secrète, laissaient pendant longtemps un sillon lumineux dans la masse sombre des foules haletantes, comme l'Étoile qui, disaient de vieux récits presque oubliés, mais que ces venues ravivaient toujours, avait une nuit illuminé la profonde mer des cieus pour annoncer au Monde la naissance d'un Messie — auquel on ne croyait plus.

C'était comme si le Verbe lui-même eût parlé.

Alors ils édictèrent contre ces inquiétants proférateurs d'innommables supplices.

Pareils aux tyrans anciens, appelant à leur secours leur science fatale, ils se penchè-



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

rent sur les berceaux et, nouveaux Hérodes, ils massacrèrent impitoyablement, au nom de l'intérêt supérieur de la triste humanité, les pâles enfants, dans les yeux étranges desquels dormait, mortelle, la leur divine.

Mais ils ne virent pas que, à chacune de ces immolations sacrilèges, une étoile tombait du ciel et que les autres, les soleils lumineux qu'ils ne daignaient plus regarder que par les yeux secs de la livide Réalité, semblaient pleurer des larmes d'or sur leur sœur disparue.

Ainsi, peu à peu, les champs du ciel s'obscurcissaient sous le souffle glacé de ces mélancoliques éteigneurs d'astres et beaucoup s'en réjouissaient comme d'une victoire. À quoi bon, en effet, l'existence de ces inutiles lampadaires dont ils avaient, du reste, depuis longtemps, pénétré les lois obscures, et dont la pâle lumière inquiétait leurs nuits moroses ?

Seuls, leur disparition intriguait d'étranges vieillards qui, juchés sur les montagnes, en proie aux quatre vents de l'Espace, braquaient constamment sur les nuits de puissants objectifs, comme pour insulter à la virginité des cieus.

Ces phénomènes, inexplicables jusqu'ici, les exaspéraient, et furieux de l'inutilité de leur science, pour la première fois démontrée, ces gnomes se clamaient leur rage d'un bout de la terre à l'autre, sur des fils mystérieux.

Ils avaient depuis longtemps, en rampant comme des reptiles, surpris les plus insondables secrets de la grande Nature et le monde leur apparaissait froid et vide, bien petit même à côté d'eux. Et ils s'étonnaient parfois, que le Dieu dont on leur avait parlé autrefois, et dont ils riaient, ne l'eût pas fait plus grand ! Que leur importait la mort des Soleils, à eux qui avaient emprisonné la lumière et qui, mornes Prométhées, avaient ravi le feu du Ciel.

N'avaient-ils pas organisé la vie elle-même ? et tous les rouages de la vaste machine humaine ne jouaient-ils pas, silencieusement,

pour le *bien-être* de tous avec une mathématique et intangible certitude ?

Certes, l'homme devait être heureux ! N'avait-il pas maîtrisé les vieux fléaux qui avaient si longtemps désolé l'univers ?

N'avait-il pas vaincu les plus décimantes maladies en arrachant aux plantes et aux métaux le secret des guérisons ? La guerre même, la vieille tueuse d'hommes, la dévoratrice séculaire, avait brisé son glaive, effroi des mères, et son rouge manteau ne balayait plus la surface de la philanthropique planète — et le Pauvre ne troublait plus du spectacle de sa misère, la paix de la conscience de ses frères apitoyés.

L'Harmonie régnait donc dans les cœurs. Oui, ils étaient heureux et ils pouvaient jeter en arrière, sur la longue file des siècles mélancoliques écoulés, un regard d'orgueil, en songeant aux routes parcourues. Ils avaient peuplé les silencieux déserts, débarrassés de leurs hôtes incommodes et où les lions majestueux ne rugissaient plus dans la plane solitude. Ils avaient asservi les mers monstrueuses, calmant d'un geste les tempêtes, comme autrefois le Vieux Neptune, le Dieu des Eaux.

N'avaient-ils pas, pécheurs hasardeux, d'un coup de filet hardi, fait prisonnier le trop bruyant tonnerre et ne commandaient-ils pas aux orages du ciel comme à ceux du cœur ?

En tuant l'Idéal, l'éternel Inquisiteur, par une mercantile cruauté, ils avaient à jamais enlevé à l'homme le prétexte à toute agitante insomnie qui aurait pu, sur son front, épaissir la brume des tristesses.

Puis, voulant ruiner l'antique Malheur, le vieillard aux lèvres froides, jusque dans son primordial repaire, ils étaient parvenus par d'habiles et persévérantes sélections ayant duré plusieurs siècles, à dompter le sauvage Amour lui-même, qui avait si longtemps par ses irréguliers et malsains élans, dérangé la sage tranquillité de l'homme antérieur. De hardis savants après des études longues et têtues, avaient en effet démontré que le vieux



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

Baiser, que les aïeux, non encore sortis de l'obscur barbarie ancestrale, prétendaient être, par une risible sentimentalité, l'extériorité divine de l'Amour, et qu'ils allaient même jusqu'à considérer, dans une affligeante cécité d'esprit comme le signe quasi nécessaire de la fusion immatérielle des âmes, prenait son origine dans une utile et fonctionnelle habitude de la nécessaire, hélas ! maternité, Puisque l'existence de ces âmes, qu'il prétendait fondre par un désormais intolérable préjugé, était enfin reconnue chimérique par tout homme de bon sens et qui savait voir.

Les chercheurs taciturnes qui plongeaient sans trembler leurs mains fermes dans les entrailles des sacrifiés ne l'avaient point rencontrée sous leurs scalpels et ils éprouvaient une atavique humiliation des antérieures croyances.

Ils le savaient pourtant : dans ces temps désolants, un grand philosophe qu'ils avaient pour cette raison proclamé le Précurseur — et à qui seul, parmi les prétendus Penseurs qui avaient paru sur la route des siècles, ils croyaient devoir une certaine vénération — avait cherché à ramener dans de sages limites les dérèglements honteux du Dieu lubrique, en proclamant à la face de ses contemporains railleurs et incrédules que ce qui provoquait l'irrésistible union des Êtres, n'était — et c'était par là qu'il était véritablement sacré — que la grande voix de la Nature, intéressée à la propagation de l'Espèce. Aussi, ce positif rêveur, inécouté des hommes, esclaves encore de leurs passions insalubres, était-il honoré par toute la terre et sa statue, dont le geste solitaire anathématisait d'imaginaires révoltes, s'érigait sur les forums.

Pourtant, des signes non équivoques de lassitude se manifestaient maintenant sur le front des foules. Un irrésistible ennui envahissait le cœur taciturne des enfants des hommes. En vain croyaient-ils avoir aboli le vieux malheur, en voilant une de ses faces

nocturnes. Il venait comme Janus de se retourner sur eux, vaincu, et il leur montrait maintenant le visage pâle, où comme un oiseau de silence, était clouée l'éternelle et amère désillusion.

Ils se demandaient avec terreur d'où venait ce vent sinistre qui ébranlait la forte demeure glacée où ils avaient enfermé leur cœur à l'abri des déconcertantes tentations.

D'où venait ce pesant ennui, qui, énorme Condor aux ailes lourdes, planait épouvantable sur les nuits, engourdissant la vie de ses magnétiques effluves !

Ils ne voyaient pas, désespérants créateurs, qu'il était leur pensée même réalisée, et qu'il avait remplacé, fatal et funèbre, les pures figures rêveuses et claires qu'ils avaient chassées ignominieusement, en violant le seuil des antres sacrés où reposaient, majestueux, les vieux mystères. Ils s'étonnaient de la mort des Soleils et ils oubliaient que, depuis longtemps, ils avaient travaillé, les mornes insensés, à les éteindre en soufflant leur haleine glacée vers l'efflorescence des cieus et que leur savoir sombre avait pour eux, d'après une inévitable loi, enfanté le néant.

Et ils étaient semblables sous la lueur macabre des astres lunaires, à des vieillards blanchis et sur le front desquels descendait un crépuscule.

Les chaudes et réconfortantes illusions du rêve qui seules sont réelles, puisqu'elles déroulent sous les yeux ardents de l'homme, le décor des nostalgiques mémoires évanouies et les réalisations futures surgies des puissantes fictions de l'Énergie, avaient disparu à jamais et le froid de la Vie les enveloppait comme d'un manteau de glace.

Alors, ils eurent, comme toujours, recours à leur science maudite, et dans les palais rigides, où les causes asservies dormaient dans de mystérieux récipients, au sein du silence réfrigérant des démonstrations, où l'incandescence des cuivres des appareils étincelait comme de l'or, où les fils qui



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

avaient supprimé la distance entrelaçaient inextricablement leurs rayons lumineux — ils allumèrent leurs fourneaux. Ils recherchèrent avec un farouche entêtement pendant de longs jours et d'ardentes nuits, les moyens certains de réchauffer le Monde engourdi, ne voyant pas, les durs travailleurs, que la fin était en eux et qu'elle s'irradiait de la mort de leur cœur jusque dans les plaines du ciel. Quand ils virent enfin que tout était inutile, ils brisèrent leurs cornues impuissantes et une détresse effroyable les envahit à l'approche de la destruction pressentie.

Puis la rage les secoua devant la stérilité de leur science et l'incompréhension soudaine de l'humiliant phénomène. Ils jetèrent vers les globes éteints des poings menaçants et ils maudirent les ancêtres qu'ils rendaient par une confuse intuition, coupables de leur reine. Pressés par l'inquiétante et sourde agitation des foules, les vieillards moroses qui présidaient aux destinées des hommes, retirés dans de silencieuses tours, aux rives des mers vaincues, consultèrent de vieux grimoires jadis dédaignés, espérant y trouver la clef de l'anormal mystère. Du haut de leurs collines solitaires, les soucieux savants sondaient l'outremer des cieux où de rares étoiles pâlissaient tristement encore, pareilles aux mystérieuses et précieuses pierres qui, dans l'exil du sein aimé, perdent lentement leur radieux éclat — pour reflurir quand cesse l'abandon.

Mais ce fut en vain. Les cieux, longtemps insultés, restaient muets et indéchiffrables pour leurs prunelles ardentes et ils ne comprenaient plus le langage des saints livres.

Ils en vinrent alors, et sous le coup de la terreur secrète qui montait lentement comme une mer d'angoisse aux grèves désertes de leur âme, à espérer la venue d'un de ces hommes de lumière qu'ils avaient lapidés autrefois, les tenant pour dangereux et funestes. — Mais le ciel sourd demeurait implacablement muet et leurs lamentations furibondes n'éveillaient aucun écho dans son

sein où l'immolation des songes divins avait créé le vide éternel.

Ils se prirent alors à se regarder avec méfiance et bien qu'inaptes désormais, entre eux, aux males fureurs de l'amour ou de la haine. Seul, l'affreux doute, image du néant suscité, survivait dans la mort de leur âme crépusculaire, vouée à la chute irrémédiable et universelle.

Peu à peu, cependant, la rumeur des foules grandissait comme la houle formidable des mers et venait battre en mugissant la base des tours immémoriales et des montagnes brumeuses, où s'acharnaient en un entêté labeur les chefs des Tribus.

S'endormaient-ils, les Impeccables, ou avaient-ils, eux aussi, perdus toute Espérance ?

De grands cris les appelèrent.

Ils vinrent et, penchés sur les créneaux vieillissés des tours fantomales d'où leurs barbes blanches se déroulaient comme des flots d'écume, ils considérèrent de leurs yeux durs, la foule haletante qui hurlait leurs noms réprouvés. Puis, ils rentrèrent, impassibles et impénétrables, dans leurs retraites inaccessibles. Alors, les multitudes abandonnées tendirent vers les sommets des poings farouches qui obscurcirent encore la tristesse des astres sombres, les astres qui du fond des cieux éteints, semblaient veiller l'agonie du Monde.

Sans doute là-haut la trompette tragique allait sonner l'Appel éternel.

La terreur paralysa la langue des hommes et le silence régna sur la terre.

Et rien, pendant des jours, des jours qui furent des nuits pour les funèbres vivants, ne le rompit. Aucune voix, imprécatoire ou salvatrice, ne s'éleva des lieux immondes, sur leurs fronts déshabitués des cieux.

Pourtant l'angoisse dont ils avaient enfin souffert — obscure réminiscence de plus anciens espoirs — allait faire reflurir pour eux dans les sombres vallées solaires l'Astre rédempteur. L'Étoile éblouissante apparut tout



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

à coup au fond du ciel désolé, et elle brillait de la lumière longtemps irrévée des soleils des anciens âges. Radieuse, elle décrivait sa courbe majestueuse ressuscitant de sa clarté les cieus envahis. Alors, pleins d'allégresse, oubliant les antiques erreurs, ils la suivirent dans sa marche, comme les mages des légendes oubliées. Et ils adorèrent, avec des présents, l'Enfant royal que venait d'annoncer, pour la seconde fois, l'Astre de Bethléem.

L'Espoir refleurissait dans les yeux longtemps appesantis ; des fleurs nouvelles diapraient les contrées, dont ils respiraient avec délices les parfums rénovés : sous les feuillages reverdis que faisaient bruire les primitives brises, des couples s'unissaient dans l'inconscience des âges originels. Les yeux vierges du Nouveau-né épandaient sur le monde de frais effluves qui y faisaient renaître les avrils évanouis. Les Espoirs nouveaux élargissaient l'Infini des cieus reconquis et les fleurs des légendes s'épanouissaient dans les vallées. Et, dans les frissonnantes nuits de l'Amour, qui enveloppaient le monde, les étoiles pâles encore sous les voiles, brillaient doucement comme des yeux de femme, annonciatrices de délivrance. Leurs lueurs graves, semblait-il, descendaient sur la terre en larmes d'or et les amants enlacés rêvaient dans les soirs, sous les regards des astres. Ainsi, la vie triomphante conquérait de nouveau les étendues.

Alors, reconnaissants, ils bâtirent au Sauveur un palais superbe où ils adorèrent comme un roi, caché sous des voiles, le somptueux fils de leurs rêves. Lui, écarté des choses, vivait silencieusement, éternellement jeune, protégé par la foi des foules créatrices. Et là, sous les marbres, moins purs que sa pensée, il marchait dans l'encens des bons anges muet et souriant, admirant naïvement les lys hiératiques et chastes qui naissaient spontanément sous ses regards en fleur.

Et la terre s'ornait d'un printemps éternel.
— Mais les jours obscurs revinrent où les

vieillards délaissés descendirent ironiques, des tours effrayantes, que les brumes de l'oubli avaient pendant des siècles annihilés.

Le froid de leur présence se révéla bientôt, car ils répandirent autocar d'eux une pesante inquiétude et sous leurs pas lourds, ils écrasèrent les fleurs divines. Leurs yeux, gouffres profonds qui avaient dévoré des mondes, pesaient de nouveau sur la vie, ils parurent, dieux pâles, fils de la Terre, pareils à des Rois de jadis qui venaient impérieusement reprendre possession de leur terre, après des siècles de lassitude.

Leur domination se rétablit invincible et fatale, et leurs vieilles mains semèrent de nouveau les joies froides de la Connaissance.

Les automnes effeuillèrent leurs fleurs tristes sur le front des hommes et le ciel s'éteignit de nouveau.

Puis, au milieu du crépuscule grandissant, on vit les Maîtres des nations désigner au milieu de l'épouvante, d'un geste impitoyable, le temple lumineux où vivait, enveloppé dans le voile de ses claires rêveries, l'Enfant.

Suivis par la multitude, tueuse d'Idéal, ils heurtèrent de leurs doigts durs, la porte de bronze du Palais sacré.

Alors, en ce dernier soir du monde, sous les rayonnements pourpres des astres qui rougissaient les cieus et les fronts tragiques, la foule sanglante lapida le frêle Dieu qu'elle avait elle-même enfanté. Les lourdes pierres volèrent, atteignirent son front candide et lui firent une rubescente couronne. Pour lui, il écouta, étonné et puéril, les incompréhensibles clameurs.

Puis, ses yeux de joie se fermèrent, les cieus moururent, et le dernier rayon de Soleil s'éteignit gravement dans les yeux du dernier Enfant.

— Et l'oiseau solitaire sortit lourdement du trou sombre où il avait pendant des siècles, dans des rêves cruels, souhaité la destruction du monde, lissa ses plumes d'ombre, et l'Esprit du Silence voleta par la nuit.



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

Anicet de Pagès de Puig

L'Anticrist

Vindrà quan sia l'hora. Primer vindrà la guerra;
després vindrà la pesta; més tard vindrà la fam.
— ¡Ja ve! — diran llavors; i abans de sa vinguda,
al ventre de les mares ja els fills hi ploraran.

Vindrà, vindrà la bèstia. Son cós cobert d'escates
tindrà set caps de tigre, deu banyes com tallants;
portarà deu corones, i sota les corones
de set grans flastomies set noms s'hi llegiran.

I los fills de la terra la menaran amb tàlem
per pobles i masies, per viles i ciutats,
i davant les set goles tothom hi durà ofrenes,
i arreu farà miracles, i tots l'adoraran.

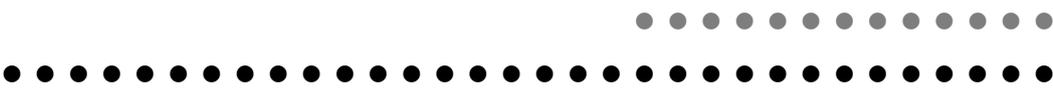
En sos horribles àpats farà degollar homes
i en dolls de sang bullenta la bèstia es banyarà,
farà estripar los ventres de mares i de verges
i en les entranyes tèbies sos peus s'hi escalfaran.

Magnífiques matrones en grans ribells de plata
replens de carn humana li donaran menjar,
i en caps de mort pelosos donzelles totes nues
mesclat amb sang impura lo vi li serviran.

I la bèstia borratxa, llançant brams de luxúria,
sos membres llefiscosos al sol ajaçarà,
i els pares i les mares sens por i sens vergonya
ses filles més hermoses li portaran al jaç.

I a l'entorn de la bèstia los homes seran feres,
seran corrals los temples i estables los altars,
i per les taules brutes hi rodaran los calzes,
i les creus estellades calentaran la llar.

Los vells perderan l'esma xuclats per la impuresa,
coberts de ronya i lepra los nois se migraran,



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

per un got de vi tèrbol s'esgorjaran los homes
i se vendran les dones per un bocí de pa.

Sentiran les orelles no més que renecs d'odi,
les mans ensangrentades només palparan fang,
los llavis bavejosos només diran mentides
i els ulls plens de feresa només veuran maldats.

I els crims aniran sempre creixent sense mesura,
i per los crims dels homes lo món s'envellirà,
i amunt, en les altures, plorant de dol i pena,
set àngels en set llibres los crims hi contaràn.

I ja haurà arribat l'hora. Portats per les ventades,
d'escurçons i llagostes s'omplernan los camps;
sobre les flors resseques hi sortiran espines
i els arbres sense fulla mai més refloriran.

En l'aigua emmetzinada s'hi podriran los peixos,
en l'aire sense vida s'hi ofegaran les aus,
volcans i terratrèmols rebentaran la terra
i el cel tindrà pels homes no més que trons i llamps.

Les cases seran tombes, los pobles cementiris;
los morts jauran on caiguen, ningú els enterrarà;
i a tots, vius i cadàvers, se'ls menjarà la bestia
afamejada d'homes que mai l'afartaran.

Sobre els eixuts terrossos s'hi haurà acabat la vida,
de la llavor humana ni rastre en quedarà,
i en les buidors immenses hi nadaran dins l'ombra
estrelles mig partides i sols esbocinats.

I encar, encar la bèstia bramant de fam i ràbia
passejarà entre runes sa horrible majestat,
i encar per clots i esquerdes, obertes les set goles,
hi cercarà debades un os o un tros de carn.

Llavores l'Etern Pare davallarà a la terra
amb son Fill a la dreta, tot rodejat de sants;
ressonarà en los aires un càntic d'alegria,
i tornarà a la vida tothom que hi fou abans.

Llavores set arcàngels amb flamejants espases
empaitant a la fera los caps li esquerdaran,



Ficciones neoapocalípticas panlatinas

i la bèstia espantada, gitant set rius d'escuma,
als peus de l'Etern Pare farà els darrers badalls.

I s'oirà llavors lo so de set trompetes,
resplendirà en los núvols la Santa Trinitat,
demanaran los àngels perdó per tots los homes
i lo darrer judici llavors començarà.